

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL SECRETO DEL "PALARNAJA"

Kelltom McIntire





PUNTO ROJO



KELLTON MCINTIRE

**EL SECRETO DEL
«PALARNAJA»**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.012
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 23.804 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1981

© Kellton McIntire - 1981

texto

© Almazán - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1981

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

993 — Aventura para una adolescente.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.612 — Pregunten a Johnny Almeida.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Albuquerque.

CAPÍTULO PRIMERO

No volví a recordar la llamada de míster Brassing hasta la tarde siguiente, cuando llegué a mi consulta de Moorgate.

Según me dijo Alice Richards, mi eficiente ayudante, en la sala de espera aguardaban once personas.

Y una de ellas era precisamente míster Anthony Brassing me había llamado por teléfono la noche anterior.

Dije que se dedicaba al negocio de las pieles y que vivía en Leeds, de donde había llegado esa misma tarde, dispuesto a resolver cierto asunto de grave importancia. Le pregunté cómo había conseguido averiguar el número de teléfono de mi domicilio privado —que no figuraba en la lista telefónica—, y respondió:

—Doctor Hamilton, me enorgullezco de contar con excelentes amistades en la City. Y uno de mis mejores amigos es el doctor Alexander Townsend. Pregunté a Alex por el mejor psiquiatra de Londres y me recomendó a usted sin dudar.

—¡Ah, el viejo Alex! —exclamé, sorprendido—. Así que fue él quien le recomendó que acudiera a mí.

—Así es, doctor. Me interesaría entrevistarme con usted cuanto antes —respondió Brassing con un cierto tono de impaciencia.

—¿De qué se trata? —indagué.

—No me gusta hablar por teléfono de asuntos de importancia, doctor Hamilton. Pero si me concede una entrevista, tendré mucho gusto en informarle extensamente del asunto.

—Bien, veré si puedo recibirle el jueves...

—Ya le he dicho que se trata de un asunto urgente, doctor. Tiene que ser antes. Mañana mismo.

Estaba muy claro que Anthony Brassing era uno de esos individuos incisivos y decididos que están dispuestos siempre a salirse con la suya.

—Tendría que consultar con mi ayudante, la señorita Richards.

Probablemente su agenda estará llena de los nombres de las personas que atenderé mañana en mi consulta —opuse.

Pero Brassing fue directamente al grano.

—No me ha entendido, doctor. He dicho que necesito hablar con usted mañana, a lo más tardar. Escúcheme: soy un hombre muy rico. Pagaré lo que me pida sin regatear —dijo.

Me sentí regocijado. El encuentro con Brassing prometía ser muy interesante. Sin embargo, no di mi brazo a torcer inmediatamente.

—Voy a colgar, señor Brassing. Consultaré con mi ayudante y le telefonaré a usted más tarde. ¿Dónde se aloja?

—Poseo una residencia en Londres, que suelo ocupar en mis viajes de negocios a esta ciudad. Apunte el número de teléfono. Y, por favor, no tarde en llamarme. Estaré aguardando.

Llamé a Alice y supe que nuestro cupo de consulta para el día siguiente estaba cubierto. En la agenda de mi ayudante había diez nombres, máxima de pacientes que solía atender en cada consulta.

Sin embargo, dije a Alice:

—Anote otro nombre: Anthony Brassing. Lo dejaremos para lo último.

Alice refunfuñó como de costumbre, pero se avino a engrosar su agenda del día siguiente con el nombre de Brassing.

Podía haber llamado inmediatamente al comerciante peletero de Leeds, pero preferí hacerle aguardar un poco, como revancha contra su altanería y prepotencia.

De modo que me serví tres dedos de
J & B,

fumé un par de cigarrillos y finalmente marqué el número de Brassing.

El hombre parecía como sobre ascuas y dejó escapar un suspiro de alivio cuando le comuniqué que, haciendo una excepción, le recibiría a última hora de la tarde siguiente. —Gracias, doctor— dijo por todo comentario—. Me quita un gran peso de encima.

Y colgó.

A las tres de la tarde siguiente, llegué a mi consulta de Moorgate, saludé a Alice y ella me entregó una hoja de papel con la lista de los pacientes que debía atender.

La mayoría de ellos aguardaban ya en la sala de espera. Menos Brassing.

Entre las tres y las ocho, escuché pacientemente las confidencias de cinco ancianas llenas de manías y —todo hay que decirlo— de libras esterlinas.

La mayoría de mis pacientes eran así: personas de edad avanzada, de posición acomodada. ¿Cuáles eran sus males? Sencillamente, se aburrían. Y entonces inventaban mil males que sólo estaban en su imaginación. Lo mejor de este tipo de dientes era que satisfacían mis elevadas minutas sin rechistar.

Atendí también a otras tres mujeres que padecían algunos desórdenes psíquicos relacionados con la menopausia, a una jovencita acomplejada por su escaso atractivo físico y a un joven ejecutivo que padecía constantes pesadillas.

Poco después de las ocho, pedí a Alice que hiciera pasar a míster Brassing. Y he de reconocer que su aspecto me impresionó vivamente.

Se trataba de un caballero alto, fornido y bien parecido. Debía andar por los cincuenta y cinco años, pero sus cabellos rizados y crespos, estaban completamente canos.

Anthony Brassing poseía unos rasgos faciales pronunciados, pero correctos. En cualquier caso, aquel hombre transpiraba vitalidad y... preocupación.

Estrechó mi mano con fuerza, pero permaneció en pie cuando le indiqué su asiento con un ademán.

—Si no le importa, preferiría que charlásemos en otro lugar —dijo.

Aquélla era una petición insólita, tratándose de la persona que acude a la consulta de un psiquiatra, pero yo no era hombre que se sorprendiera fácilmente.

—Me he permitido la libertad de reservar una mesa para dos en Caftan's

—añadió—. De modo que, si no tiene inconveniente, tomaremos una copa, cenaremos y charlaremos.

No me desagradó la perspectiva.
Caftan's

es uno de los restaurantes rusos más lujosos y renombrados de la City y yo, después de una agotadora jornada de trabajo, necesitaba una buena cena.

Así que dije a Brassing que su proposición me parecía bien, pedí

unos minutos para vestirme y poco después salíamos a la calle, después de despedirme de Alice hasta el día siguiente.

Si Brassing quería impresionarme, lo consiguió plenamente, pues en cuanto nos aproximamos a la acera, un maravilloso Rolls Royce plateado se detuvo a nuestra altura.

El chófer de uniforme se apresuró a apearse, dar la vuelta y abrirnos la portezuela trasera. Brassing me invitó a acomodarme en su interior y yo incliné la cabeza y me dejé caer sobre el mullido asiento de cuero auténtico.

A las ocho y media entrábamos en
Caftan's.

Brassing, hermético, no había hecho el menor comentario durante el trayecto.

Un pulcro y elegante *maître* nos saludó con una inclinación de cabeza y nos guió hasta nuestra mesa.

Nunca había estado en
Caftan's

pero me encantó su atractivo y apacible ambiente. A una decoración perfecta, se unía el encanto de las luces suaves, indirectas, una selecta concurrencia que charlaba a media voz y las notas melancólicas de una *czarda*.

Brassing me preguntó si me gustaría tomar un cóctel ruso a base de vodka y yo asentí, distraído.

Según dijo Brassing el nombre del cóctel era «Katarina» y resultó ser un excelente aperitivo. El líquido helado, ambarino, me pareció una mezcla de martini, champán y vodka. Tenía un paladar leve y aromático al principio, pero dejaba un regusto seco y un poco amargo al final.

No voy a negar que me sentía bastante intrigado respecto a mi acompañante. Y era lógico. Su urgencia en querer entrevistarse conmigo, su deseo posterior de que la entrevista se celebrase en un ambiente como el de

Caftan's

y su actitud entre ansiosa y angustiada, avivaban poderosamente mi curiosidad.

Por su parte, Brassing paladeaba su cóctel a pequeños sorbos y no parecía tener la menor intención de comenzar una conversación inmediatamente.

Finalmente, me impacienté.

—Bien, señor Brassing, ¿de qué se trata? —expresé.

Hizo un movimiento brusco con la cabeza, como si mis palabras le hubieran despertado de una profunda abstracción.

Instintivamente, alzó una mano y se alisó la espesa cabellera plateada.

—No es fácil decir lo que tengo que explicarle, doctor —fueron sus enigmáticas palabras.

—¿Se siente enfermo? —pregunté, solícito, al comprobar el temblor casi imperceptible de sus cuidadas, pero fuertes manos.

Me miró fijamente.

—Digamos más bien que me siento atormentado —contestó.

Yo me sentía más y más intrigado.

Dispuesto a ganarme su confianza, sonreí levemente y afirmé:

—Puede hablar claramente. No tengo que jurarle que cuánto oiga de sus labios será considerado un secreto.

También él sonrió, aunque desgadamente.

—Con toda sinceridad, doctor Hamilton: necesito alguien en quien poder confiar. Y espero desesperadamente que esa persona sea usted, pues el problema que se me plantea es tan grave que apenas he podido dormir durante las últimas noches —pronunció.

Di un rápido sorbo a mi copa. Mi interés iba en aumento.

—Hable, por favor —le pedí.

Brassing jugueteaba sin cesar con su copa, de la que apenas había probado un sorbo.

—En realidad, no se trata de mí.

—¿De quién, pues...?

—De mi hija Pamela —respondió. Y añadió, incontenible—: Hasta hace pocos meses, Pam era mi orgullo y mi esperanza. Ahora...

—¿Sí?

—Ahora se ha convertido en mi obsesión y en mi tormento.

—¿Es su única hija? —indagué.

—Sí. Y aún la quiero más por eso. Y por otras razones. Su madre murió al nacer Pam. Fue un caso difícil: a mi esposa tuvieron que hacerle la cesárea. Todo esto ocurrió hace veinticinco años. Por entonces la cirugía no era tan segura como hoy. En fin... Helen murió poco después de que sacaran de su vientre a Pamela.

Calló. Parecía abrumado por los recuerdos.

—Muy bien —dije—. Hábleme ahora de Pam.

Brassing se humedeció los labios en el borde de su copa.

—Creo que mi hija ha perdido la razón —dijo.

Su semblante se nubló y sus labios temblaron cuando añadió:

—Temo que se ha convertido en una asesina.

CAPÍTULO II

Los violines habían enmudecido y las voces habían cesado.

Por un momento, tuve la loca impresión de que todos habían escuchado aquella frase de Anthony Brassing: «Temo que se haya convertido en una asesina».

Pero los músicos atacaron una nueva melodía de reminiscencias esclavas y por lo demás las personas que ocupaban las mesas próximas charlaban nuevamente, absolutamente ajenas a nuestra presencia en la alejada mesa.

—Temo no haber oído bien —dije, mirando a mi interlocutor.

—Ha oído perfectamente, doctor Hamilton —respondió él—. Acabo de manifestarle mis temores: temo que mi hija se haya convertido en una criminal.

Suspiré hondo.

—¿En qué se basa para pensar tal cosa?

Brassing vaciló. Pero sólo fue un instante.

—Ya que he recurrido a usted, supongo que he de ser absolutamente franco.

—Lo preferiría. Empezé hablándome de Pam —sugerí. Y le escuché sin interrumpirle.

Brassing comenzó a inquietarse cuando su hija regresó de aquel crucero por el Mediterráneo.

Pam acaba de graduarse en Ciencias Económicas y su padre le ofreció aquel viaje como recompensa.

Le dolía, ciertamente, separarse de su hija, pues el largo crucero duraría cuarenta y cinco días. Pero Pam era una joven juiciosa y madura y Brassing confiaba plenamente en su sensatez y albedrío.

Pam debería haber regresado a mediados de agosto, pero no llegó hasta los primeros días de setiembre.

Cierto que Brassing se había sentido inquieto por esta tardanza,

pero su hija le enviaba diariamente un telegrama o le llamaba por teléfono. Durante la segunda quincena de setiembre, Pam sólo utilizó el teléfono como medio de comunicación con su padre.

—No te alarmes. Mis amigas y yo hemos decidido prolongar el crucero por una o dos semanas.

Cuando regresó, Pam ya no era la joven serena y optimista que partiera de Leeds a primeros de julio.

Su locuacidad habitual se había esfumado. Apenas hizo unos comentarios sobre las incidencias del prolongado viaje y rehuía sistemáticamente extenderse en explicaciones sobre las ciudades y lugares que había visitado.

Simultáneamente su carácter cambió. Ella, que gustaba de conversar largamente con su padre, respondía ahora parcamente a las preguntas o comentarios que le hacía su progenitor.

Se diría que algo la había herido profundamente. El resultado era que Pam se había encerrado en sí misma y se había vuelto introvertida y taciturna.

Cuando terminó la carrera, Pam había expresado su deseo de incorporarse a los múltiples y complicados negocios de su padre. A pesar de lo cual, no hizo ningún comentario en tal sentido cuando regresó a su casa.

Poco a poco, Brassing comenzó a preocuparse.

En principio, había estimado que el cambio de carácter de su hija sería temporal. Pensaba que su hija se encontraba bajo una sensación de vacío que sucede a las etapas de gran actividad y entusiasmo, pero esperaba de todo corazón que Pam superaría aquella sensación de nostalgia y se incorporaría sin problemas a la rutina de la vida diaria.

Desgraciadamente, no fue así. Pam permanecía encerrada en sus habitaciones de la residencia Brassing en Leeds, no salía, no telefoneaba a sus amigos, no se relacionaba con nadie...

Cuando, al atardecer, el hombre de negocios llegaba a su casa, solía sorprender a su hija sentada en un diván, junto a la ventana, mirando impasible a través de los cristales, inmóvil y silenciosa.

No soportaba la presencia de nadie, ni siquiera la de «Chiny», su perro preferido, un dálmata precioso, un animal vivaracho, fiel y juguetón, que siempre acompañaba a Pam, fuera a donde fuese.

Pam llegó a hacer algo increíble: golpeaba a «Chiny»

sañudamente cada vez que el animal se acercaba a ella para hacerla objeto de sus acostumbradas zalemas.

Lamentablemente, Anthony Brassing no disponía de mucho tiempo para dedicarlo a su hija. Eran tiempos difíciles y, si bien sus negocios seguían arrojando dividendos, era preciso dedicarles toda la atención para evitar un imprevisto fracaso.

Finalmente, Brassing no vio otra solución que hablar claramente con su hija.

—Enfrentémonos con la realidad, querida —le dijo—. Sé que algo ha cambiado sustancialmente dentro de ti. ¿De qué se trata? ¿Quizá te sientes insegura ante la idea de desempeñar un puesto en mis negocios? ¿Temes, quizá, fracasar? Si es así, tómalo con calma. En primer lugar, yo no te obligaré a desempeñar tu carrera. Por fortuna, disponemos de dinero suficiente. Así que, si no estás preparada, ahuyenta de ti las preocupaciones. Puedes hacer lo que quieras: viaja, diviértete, goza de la vida. Eres joven y tienes derecho a todo lo que yo he conseguido para ti. Sólo quiero que vuelvas a ser la muchacha sana y alegre que eras antes de que..., antes de que emprendieras ese condenado crucero por el Mediterráneo.

Pam se volvió hacia él, furiosa.

—¿Tienes algo que recriminarme respecto a ese crucero? —estalló, temblorosa.

Brassing se asustó.

Jamás había visto aquel fulgor de fiebre en los bellos ojos de su hija, nunca le había hablado ella con semejante dureza.

—¿Por qué habría de recriminarte? Cálmate, querida. No he venido a hacerte reproches. Sólo me preocupas tú —pronunció Brassing, fuertemente impresionado por la airada actitud de su hija.

Pam le dio la espalda y apoyó sus brazos en el alféizar de la ventana.

—No necesito nada, no quiero nada —murmuró—. Sólo que me dejen en paz.

Y Brassing no logró una sola palabra más de ella.

Aquella noche permaneció en pie hasta que oyó los pasos de Pam dirigiéndose a su alcoba. Luego, Anthony Brassing penetró en su dormitorio y se dejó caer pesadamente en la cama.

«¿Qué le ocurre a mi hija, Dios mío, que le está ocurriendo?», se

preguntó, dominado por la más intensa angustia.

Pam siempre había sido dulce, obediente, cariñosa, sensata...

Y ahora...

«Si no fuera porque yo la engendré en el vientre de su madre, si no la conociera bien, pensaría que no es mi hija. Parece otra persona», se dijo obsesionado.

Evidentemente, la conducta de Pam había sufrido una transformación total. Y era doloroso comprobar que, día tras día, ella se iba sumergiendo cada vez más profundamente en su hermetismo y su distanciamiento.

En cualquier caso, Anthony Brassing no había amasado una considerable fortuna por su carácter blando y negligente, sino por todo lo contrario. Si se había convertido en un hombre rico partiendo de nada, ello se debía precisamente a su fuerte voluntad, a su ánimo y a su vigor moral.

Si Pam sufría una desviación psíquica, si padecía alguna enfermedad neurótica, había que poner remedio y cuanto antes.

Decidido a afrontar el problema con todos los medios, habló con el doctor Jawson, un famoso neurópata de Leeds.

Esa misma tarde, Brassing llevó a Jawson a su residencia. Con el mayor tacto posible, Brassing presentó al médico, aunque sin decirle claramente a Pam que se trataba de un neurópata.

La reacción de Pam fue sorprendente. Con una sonrisa encantadora estrechó la mano del médico, le invitó a sentarse y le agasajó con la cordialidad y la finura de una auténtica anfitriona.

Brassing no podía creerlo. ¿Por fin Pam había vuelto en sí, se había curado por sí misma de su extraña apatía...?

Jawson y él cambiaron miradas expectantes a lo largo de la velada. Era evidente que el médico se sentía muy sorprendido: esperaba encontrar a una enferma mental, a una neurótica o psicópata y... se encontraba con una deliciosa joven que se comportaba de la forma más normal y razonable.

Durante el tiempo que Jawson permaneció en la residencia Brassing, Pam se condujo con exquisita amabilidad y simpatía.

Después de la cena y cuando ya se había despedido de Pam, Brassing acompañó al doctor Jawson hasta la puerta.

—Amigo mío —dijo el neurópata, cuando Pam no pudo oírles—: no comprendo una palabra. Usted parecía agobiado por el estado

mental de su hija, pero yo no he visto otra cosa que una maravillosa y bella joven, que me ha agasajado, me ha atendido correctamente y se ha conducido de la forma más normal, ofreciéndome una velada inolvidable.

Naturalmente, Brassing no sabía cómo explicarse.

—Créame, doctor: apenas puedo entenderlo. Durante más de un mes, Pam me ha preocupado seriamente hasta el punto de tener que recurrir a usted. Pero ahora... ¡No sé! Debe haber ocurrido un milagro. No puedo explicarlo de otra forma.

—Si es como usted dice, señor Brassing, ¡bendito milagro! Pero la verdad: yo no creo que su hija haya padecido ninguna desviación mental. En cualquier caso, téngame al tanto de los acontecimientos.

—Así lo haré —respondió el hombre de negocios, exultante de gozo.

Cuando hubo despedido a Jawson, volvió inmediatamente al salón para reunirse con Pam. Pero su hija no se encontraba allí.

Después de recorrer varias estancias, no pudo hallarla, hasta que finalmente penetró en el dormitorio de su hija.

Pam estaba junto a la ventana, en la misma actitud impasible y hierática de los últimos tiempos.

—Querida Pam, no sabes cuánto celebro que hayas vuelto a... —empezó a decir su padre.

Sin moverse del lugar que ocupaba, Pam murmuró entre dientes:

—¡Déjame en paz!

Para Anthony Brassing, fue como recibir un bofetón inesperado en pleno rostro.

—Pero, Pam, yo...

—Vete, déjame.

Brassing tenía ganas de sollozar.

—Pam, por amor de Dios... Ella se volvió con violencia.

—¿Te imaginas acaso que no lo sé todo? Piensas que estoy loca y por eso trajiste a ese hombre, para que me observara... Pero yo lo comprendí enseguida, en cuanto vi a Jawson. Por eso me esforcé en hacerle ver que el loco eres tú —pronunció con voz fría, desprovista totalmente de afecto.

Brassing retrocedió, aterrado.

—¡Pam! ¿Quieres decir... que fingiste ante el doctor Jawson, que en realidad no estás... curada? —exclamó, dolorido.

Ella habló sin volverse.

—Tengo derecho a defenderme, ¿no? Tú probablemente solo pretendes una cosa: encerrarme en un manicomio. Pues bien... ¡Tal vez te encierren a ti! —exclamó con un tono de voz odioso, que destilaba animadversión.

—¡Pam, Pam! —gimió su padre—. ¿Cómo puedes decir tales cosas? Tú sabes que te amo como a nada en el mundo, que...

—Si tanto me amas, sólo debes hacer una cosa: dejarme en paz —pronunció Pam, indiferente.

Brassing se retiró con la muerte en el alma.

Sombríos pensamientos poblaban su mente cuando se encerró en su dormitorio y se metió en la cama.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Es ésta mi dulce y entrañable Pam? Más bien diría que un ente infernal habla por su boca.

Como a lo largo de los últimos tiempos, aquella noche no le fue posible conciliar el sueño hasta muy cerca de la madrugada.

Ojeroso, fatigado y atormentado, se alzó de la cama al día siguiente.

—Tengo que hacer algo. Lo que sea, antes de continuar así —se propuso.

Definitivamente, no podría recurrir al doctor Jawson de nuevo. Con su fina intuición femenina, Pam había logrado averiguar la profesión de Jawson. Tendría, pues, que obtener el asesoramiento de otro especialista en cuestiones psíquicas.

Aquella noche, Anthony Brassing regresó a su residencia al anocheecer.

La puerta principal estaba abierta, lo que sorprendió vivamente al millonario. Aquel día era la jornada libre de su única sirvienta, la señora Gardiner. ¿Era posible que el ama de llaves hubiera dejado la puerta abierta?

Brassing se intranquilizó. Inmediatamente buscó a su hija, pero no la halló.

La alcoba de Pam estaba vacía, pero todo estaba en orden.

Ya se disponía Brassing a abandonar la estancia, cuando vio aquellas menudas manchas de sangre sobre la moqueta azul.

Las manchas se dirigían hacia la cerrada puerta del cuarto de baño de Pam.

El rostro del millonario se cubrió de gotitas de helado sudor.

—¡Dios santo, no es posible que...!

Pero el miedo atenazaba su corazón como una garra de helado acero.

Nunca supo cómo logró reunir las fuerzas suficientes para avanzar unos pasos en pos de aquel reguero de manchas sangrientas.

De todas formas, cuando se detuvo junto a la puerta del cuarto de baño, sus rodillas se aflojaron y estuvo a punto de caer al suelo.

—Dios mío...

Sentía verdadero pavor ante la simple idea de empujar la puerta y entrar.

Temía, sí, temía en lo más profundo de su cerebro que Pam hubiera cometido una locura, temía que... sus nervios, sobreexcitados, le impulsaron a aferrar el pomo, girarlo, y empujar violentamente.

No vio a su hija, aunque el pavimento estaba manchado de sangre. Gruesos goterones rojos que formaban un reguero y terminaban ante el bello baño de mármol rosa.

Brassing sentía un agobio muy doloroso en el pecho, pero era hombre valeroso, de modo que se apoyó en el marco de la puerta y entró.

Un momento después se inclinaba tensamente sobre el baño.

Lo que vio le dejó helado de espanto.

No, no era el cuerpo desmadejado y flojo de Pam, como había temido.

El barío estaba cubierto de piltrafas sanguinolentas, de entrañas desparramadas sobre el fondo, donde se veía un charco de sangre.

Las manchas negras sobre fondo blanco correspondían a la piel de «Chiny», el precioso dálmata de Pam.

El animal había sido prácticamente degollado.

Después el salvaje que había cometido aquella carnicería se había dedicado a la execrable tarea de abrir el vientre del animal, vaciarlo y extraer las entrañas, que habían sido desmenuzadas en fragmentos y regadas sobre el baño.

Pálido, sobrecoigido, Brassing retrocedió.

Corrió hacia su dormitorio, dispuesto a telefonar inmediatamente a la policía, a denunciar el bárbaro hecho.

Pero no llegó a tomar el teléfono, porque cuando cruzaba el

pasillo se oyó un portazo distante.

Pam apareció en el salón, tambaleante.

—¡Hija...!

Brassing corrió hacia ella y la abrazó.

—¿Dónde fuiste, por qué?

Calló.

La mirada extraviada de Pam y el fuerte aliento a alcohol que exhalaba, fueron suficientes para que el acongojado padre comprendiera.

—Has estado bebiendo. Pero ¿por qué? —murmuró.

Pam se desasíó de un brusco manotazo. Tan brusco que ella misma perdió el equilibrio, vaciló sobre sus piernas y se derrumbó.

Por fortuna, la gruesa moqueta que cubría el suelo amortiguó su caída.

Pero Brassing se inclinó inmediatamente sobre ella y la ayudó, solícito, a levantarse.

Pam se tambaleó.

Luego dejó escapar un sonoro erupción y... comenzó a vomitar violentamente.

Un hedor agrio y repugnante se expandió por el ambiente.

Pero Brassing no dudó.

Pam era su hija y debía ayudarla.

La sostuvo amorosamente, aguardó a que terminase el vómito y luego la incorporó y limpió sus labios con un pañuelo limpio.

Tras lo cual, la guió hasta su alcoba firmemente abrazado a su talle, pues la joven era incapaz de conservar el equilibrio.

Era normal. Pam no consumía bebidas alcohólicas, salvo una copa de champán en algunas ocasiones memorable. El alcohol, consumido en dosis excesiva, la había afectado tan intensamente, que la muchacha estaba completamente embriagada.

Por fin llegaron a la alcoba.

Brassing dejó a su hija sobre el lecho, se inclinó para sacarle los manchados zapatos y luego desabrochó con cuidado su magnífico abrigo de piel.

Y entonces retrocedió con los ojos desorbitados.

El vestido de punto que llevaba Pam bajo el abrigo estaba profusamente manchado de sangre.

CAPÍTULO III

Brassing apenas había probado bocado, pero yo apenas había comido un bocadillo a mediodía e hice los honores al succulento menú.

Tras los postres, mi anfitrión pidió al camarero café y licores y yo encendí un cigarrillo.

—No llamó a la policía, supongo —dije, cuando el camarero se alejó.

—¿Cómo podía hacerlo? Estaba claro: Pam había sacrificado al perro. ¡Era ella la autora de aquella increíble carnicería...! —respondió Brassing, con un susurro.

Sucedió una pausa. Me dolía atormentar a aquel pobre hombre, pero ¿cómo podría ayudarle si no conocía la historia completa?

Por otra parte, a pesar de que disimulé cuanto pude, también yo me sentía fuertemente impresionado.

—¿Qué hizo, entonces? —insistí, al cabo de unos minutos.

El ambiente del restaurante, que me había parecido muy agradable y atractivo antes, se me antojaba triste y gris ahora.

—Fue una noche horrible —respondió Brassing, al cabo, con voz distante—. Comprendo que obré irrefrenablemente, como un simple padre que ama a su hija y trata de protegerla por encima de todo. Así, pues, lo primero que hice fue desnudar a Pam y quemar aquel vestido ensangrentado en la chimenea...

A pesar de todo, Brassing seguía aferrándose a un clavo ardiendo.

—Buscaba mil explicaciones en mi mente, con tal de no aceptar la horrible verdad —confesó el millonario—. Esboqué docenas de posibilidades: un ladrón o un desquiciado había penetrado en la casa cuando Pam se marchó, quizá el perro atacó al intruso y éste mató al perro y lo destripó salvajemente porque... quizá había recibido una dentellada del animal. Llegué a obsesionarme de tal

forma, que aquella historia comenzó a ser creíble, casi verídica para mí.

—¿Qué hizo con el cadáver del perro?

—Lo sepulté. Salí al jardín, abrí la caseta del jardinero, saqué herramientas y, como un malhechor, cavé una fosa profunda en el rincón más alejado y sombrío del jardín. Luego volví a la casa, busqué una bolsa de plástico lo suficientemente grande y metí todas aquellas piltrafas en ella. Tras lo cual la enterré. Cuando terminé, tenía el cuerpo empapado en sudor y eran cerca de las dos de la madrugada. Volví al dormitorio de Pam...

La joven dormía, pero el suyo era un sueño inquieto e irregular. Pam murmuraba algo entre dientes y se debatía en el lecho constantemente.

—Yo aún seguía aferrado a la esperanza de que un intruso hubiera cometido aquella salvajada. Pam debía haberse dejado abierta la puerta por descuido y...

Sin embargo, Brassing no pudo sustraerse a la tentación de examinar el bolso de Pam, que ella había dejado en el salón.

—Volví allí, lo abrí y... encontré el afilado estilete abrecartas que Pam tenía siempre en su escritorio. Estaba manchado de sangre, la hoja envuelta en un diminuto pañuelo.

Brassing se derrumbó a la vista de aquella prueba concluyente. Fuera por la razón que fuere, Pam había matado al perro en un momento de enajenación.

—Lo que no podía explicarme era aquel sadismo increíble, que la había llevado a destripar al pobre animal, a desmenuzar sus entrañas... De todas formas, si como parecía probado mi hija había llevado a cabo tal acción, no me cupo duda de que su equilibrio mental estaba seriamente afectado.

Pam se levantó temprano a la mañana siguiente.

—No eran aún las ocho, cuando entró en mi dormitorio y me despertó. Me preguntó si había visto a «Chiny»... Compréndalo, el alma se me cayó a los pies. Y el caso es que ella no fingía: se diría que estaba seriamente preocupada por la suerte del perro. Se lo confieso, doctor Hamilton: no me atreví a contarle lo de la noche anterior. Pam, por su parte, parecía más animada de lo normal aquella mañana y la oí decir que iba a llamar a la perrera municipal para interesarse por «Chiny»...

Esa mañana, Anthony Brassing consultó con un famoso psiquiatra, el doctor Andrew Russell.

—Se interesó extraordinariamente en el caso y me pidió que le hiciera un resumen historial sobre la infancia y la adolescencia de mi hija. Aludió veladamente a que podía tratarse de un caso de psicopatía grave, a un asunto de desdoblamiento de la personalidad e incluso habló de esquizofrenia. La verdad es que me asusté. Yo no podía imaginar que se tratara, en realidad, de un desequilibrio grave, quizá irreversible.

—¿Qué fue lo que acordaron usted y Russell? —pregunté a Brassing.

—El médico dijo que Pam debía ser internada en una clínica psiquiátrica e incluso me recomendó una, situada en las afueras de Leeds. Dijo que mi hija sería examinada y mantenida en aislamiento total.

—¿Y...?

—Me negué rotundamente. Sí, sí —se apresuró a afirmar Brassing—. Supongo que obré precipitadamente, pero no podía permitir que mi hija se separase de mí. Imaginaba que quizá la sometiesen a un tratamiento, cruento y duro, quizá al temible electro-*shock* y dije que no. Por otra parte, Russell es un individuo excesivamente impaciente y autoritario. Yo pretendía otra cosa...

—¿Otra cosa?

—Hacer examinar a mi hija sin que ella sospechara la verdad. Podíamos aprovechar que estaba ligeramente constipada para convencerla de la necesidad de ir al médico. Podíamos visitar a Russell o a otro especialista, ocultándole a Pam que se trataba de una consulta de un psiquiatra. Porque ante todo lo que yo deseo es protegerla.

Yo también comenzaba a sentirme impaciente.

—Pero, considere, señor Brassing, que la simple observación no serviría como terapia. A la observación, seguirían necesariamente pruebas y análisis. Y después, su hija debería someterse a la terapia más aconsejable... —Advertí.

Se pasó una nerviosa mano por la frente. Parecía muy atribulado.

—Sí, supongo que está en lo cierto. Quizá debí decidirme por lo que Russell me aconsejaba. Sé que Pam me hubiera odiado al

principio por internarla en una clínica psiquiátrica, pero a la larga ésa sería la única solución —convino.

Pidió al camarero que le sirviera *brandy* por segunda vez y yo encendí otro cigarrillo.

—Pero últimamente han ocurrido cosas... Cosas inexplicables —susurró, después de beber en silencio.

—¿Qué clase de cosas? —pregunté, intrigado.

—Antes debo explicarle algo. En realidad, yo soy ruso de nacimiento —confeso de repente.

Si quería sorprenderme lo consiguió plenamente.

—Pero usted no tiene el menor acento. E incluso su aspecto... —exclamé.

—Mis padres me trajeron de Inglaterra cuando apenas tenía cinco años, hacia 1930. En realidad, yo apenas sé unas frases de ruso, pues en los primeros años de estancia en este país mis padres siempre se entendían entre ellos en ese idioma. Pero luego aprendieron el inglés y gradualmente dejaron de usar el idioma de nuestra nación de origen.

—Ya. Pero no acabo de comprender la relación de...

—Iba a hablarle de mi hija. Pam nunca tuvo facilidad para los idiomas, por eso se inclinó más tarde por las Ciencias Económicas. Empezó a estudiar francés, alemán y ruso, pero su aptitud para las lenguas era tan ínfima, que jamás prosperó. Finalmente abandonó aquellos estudios, convencida de que jamás serviría para expresarse en otro idioma que no fuera el inglés. Y luego, hace unas semanas, la escuché hablar en voz alta durante la noche...

Brassing se alzó de su lecho y corrió al de su hija, a unos diez metros de distancia pasillo adelante.

—Pam se agitaba en la cama, estaba bañada en sudor y chillaba... De repente la oí hablar en ruso. ¡Imagínese mi sorpresa! Hablaba fluidamente, con excelente acento, como si se hubiera expresado en aquella lengua desde los primeros años de su vida. —¿Pudo entender algo de lo que decía?— indagué, con interés incontinente.

—Sí, aunque ya le he dicho que mis conocimientos del ruso no son considerables.

—¿Qué decía?

—Pronunció la palabra «Palarnaja» y habló de un yate hundido

en algún lugar, de los espectros que emergían de las profundidades y luego pronunció con toda claridad la palabra «Kronstadt». Se agitaba frenéticamente y parecía experimentar un terror pánico. *Niet, niet, niet...* repetía estremeciéndose. Se diría que tratase de huir de algo o de alguien que la perseguía.

—Muy interesante —afirmé, anotando aquellos datos en mi memoria—. ¿Ocurrió alguna cosa más, que le llamara poderosamente la atención, señor Brassing?

Mi interlocutor tragó saliva.

—Sí —confesó—. Hace una semana Pam estuvo a punto de matar a Amelia Gardiner, nuestra ama de llaves.

Sus ojos estaban brillantes, tan húmedos que imaginé que no podría reprimir las lágrimas. Pero Anthony Brassing era un hombre fuerte y logró contener su emoción.

—¿Cómo ocurrió, fue un accidente? —quise saber.

Brassing denegó con un movimiento de cabeza.

—No creo que fuera un accidente —dijo.

—¿Quiere decir que... Pam era consciente de lo que estaba haciendo? —insistí.

—Eso es lo que pienso. Me guío por las palabras de mi hija, poco después de que yo mismo evitara el asesinato de la pobre señora Gardiner. Me miró y dijo: «Tienes que comprenderlo. Era absolutamente necesario que yo la asesinara».

Las manos del millonario temblaron al llevarse la copa a los labios. Carraspeó para aclararse la voz y susurró:

—Eran poco más de las diez de la noche. Acabábamos de cenar. Como sucede últimamente, Pam se alzó de la mesa al terminar la cena y se retiró a la ventana, a través de cuyos cristales miraba sin ver. Yo puse la televisión y traté de distraer mis pensamientos en lo que sucedía en la pantalla...

Según Brassing, de la cocina llegaba el tintineo metálico de algún instrumento que la señora Gardiner utilizaba en la cocina.

—Debió abandonar el salón sin producir el menor rumor. Me refiero a mi hija, naturalmente.

Sea como fuera, Anthony Brassing había logrado abstraerse profundamente en el programa que daba la televisión, cuando un alarido estridente le obligó a incorporarse de un salto.

—Corrí ciegamente hacia la cocina, de donde había brotado aquel chillido. Y vi a Pam que aferraba a la señora Gardiner por la espalda. ¡La estaba estrangulando! Contemplé el rostro grisáceo y congestionado de la pobre mujer, advertí los movimientos espasmódicos de sus brazos y comprendí que iba a morir de un momento a otro.

Pam había rodeado con una cuerda de nylon el cuello de la mujer y apretaba y apretaba como una furia.

Por fin, Brassing logró reaccionar. Saltó sobre su hija, intentó aflojar el dogal que estaba acabando con la vida de la sirvienta, forcejeó, golpeó a Pam sin consideraciones y finalmente ella soltó su presa.

—Estaba tan furiosa, que me vi obligado a atarle los brazos a la espalda. Y fue entonces cuando me miró fijamente y dijo aquellas palabras: «Tienes que comprenderlo. Era absolutamente necesario que yo la asesinara». Sentí ganas de echarme a llorar, pero Amelia Gardiner estaba en el suelo, medio asfixiada. La pobre mujer necesitaba mi ayuda urgentemente y me incliné sobre ella. Por fortuna, la incorporé y logré reanimarla. Pero en su rostro sólo había horror y reproche.

Brassing telefoneó a su médico de cabecera, el doctor Halmonds. Mientras llegaba el médico, condujo a Pam a su dormitorio, donde la encerró.

—Luego volví a toda prisa junto a Amelia y la supliqué que callara la verdad ante el doctor Halmonds. No quería atenerse a razones, ni siquiera cuando le prometí una gratificación especial de 2000 libras esterlinas. Y era comprensible: Pam había estado a punto de matarla, sin que existiera la más mínima justificación. De todas formas, debí rogar tan fervientemente, que Amelia se compadeció de mí. Dijo: «Callaré por usted, señor Brassing, sólo por usted. Y créame, debe ingresar a su hija en un manicomio cuanto antes. Es un peligro cierto para cualquiera. E incluso para usted».

—Pero Halmonds advertiría enseguida las señales en el cuello de la señora Gardiner y sospecharía la verdad —insinué.

Brassing se pasó un dedo por el cuello.

—Urdí a toda prisa una historia falsa, con la anuencia de mi ama de llaves. Dijimos a Halmonds que Amelia había sufrido un accidente cuando descolgaba la ropa puesta a secar detrás de la

casa. El viento había empujado la cuerda, alrededor de su cuello, ella perdió el equilibrio en la oscuridad y estuvo a punto de morir ahorcada accidentalmente. Por fortuna, yo había escuchado un grito ahogado y... Bien, Halmonds se creyó el cuento, examinó a Amelia, vio que no padecía ninguna lesión y le obligó a tragar una píldora sedante. Tras la cual se marchó.

De todas formas, la sirvienta se despidió al día siguiente.

—Compréndalo, señor Brassing. A partir de este momento, no me sentiría tranquila en esta casa —dijo.

Brassing le entregó un cheque por dos mil libras y la señora Gardiner se comprometió a seguir callando.

—Antes de que se marchara, le pregunté cómo había ocurrido el incidente —añadió el millonario—. Dijo que ella no había tenido tiempo de advertir nada... Estaba machacando sal y especias en un almirez metálico, cuando su hija se abalanzó sobre mí. Sentí el dogal alrededor de mi cuello y no pude hacer otra cosa que gritar. De veras, señor Brassing, no comprendo cómo pudo suceder. Yo sentía un entrañable afecto por Pam. Y ella siempre me demostró un cariño sin límites. «Es... como si estuviera poseída del diablo».

CAPÍTULO IV

Consulté mi reloj y advertí, sobresaltado, que eran cerca de las once de la noche.

—Lo siento, señor Brassing, pero es muy tarde ya... ¿Por qué no seguimos mañana? Usted también debe sentirse fatigado —aduje—. Lo mejor será que nos vayamos a dormir. Mañana...

Sus ojos se nublaron y sus gruesos labios se entreabrieron con ansiedad.

—Por favor, no se vaya aún —me rogó—. Es tarde, ciertamente, pero le ruego que acepte venir a mi casa. No le entretendré mucho. Tomaremos un par de copas, fumaremos cigarrillos y charlaremos. Mi chófer le llevará más tarde a su casa.

Vacilé, pero finalmente accedí. Aquel pobre hombre parecía tan necesitado de compañía y comprensión...

Nos pusimos en pie. Brassing pagó la cuenta, añadió una generosa propina y esperamos a que el camarero trajese nuestros gabanes.

Abandonamos el confortable ambiente del restaurante «Caftan's»

y salimos a la calle. Inmediatamente, el Rolls de Brassing se aproximó a nosotros. Nos acomodamos en su interior y mi acompañante indicó:

—A casa, Parker.

La residencia que el millonario poseía en Londres estaba situada en Chelsea y ocupaba toda una planta del primer bloque de las Cochran Mansions. Un piso de casi trescientos metros cuadrados, con seis dormitorios, un salón enorme y una biblioteca.

—Parker, que cuida de la casa en mi ausencia, lo tiene todo a punto. Pero, si no le importa, vayamos a la biblioteca. Para mí, es la pieza más íntima —dijo Brassing, mientras su chófer y *valet* recogía nuestros abrigos.

Me guió hasta la biblioteca y me indicó los mullidos sillones tapizados situados junto a la chimenea, donde ardía un excelente fuego de troncos de roble.

Un momento después me trajo una copa de *brandy* viejísimo y acercó una mesita con cenicero y un estuche de cigarrillos de Virginia.

—¿No le importa que sigamos hablando de mi hija? —preguntó amablemente.

—Por supuesto que no —me apresuré a responder—. Por el contrario, le ruego que siga hablando sin rodeos.

Se sentó, encendió un cigarrillo y contempló por un momento el cabrilleo de las llamas en la chimenea.

—Cuando se despidió la señora Gardiner, me vi obligado, como es lógico a contratar una nueva ama de llaves. Como no podía fiarme de las reacciones de mi hija, pedí también a la agencia que me enviara una enfermera robusta y experta en la vigilancia de enfermos nerviosos. De todas formas, hice venir al doctor Jawson, que reconoció a mi hija mientras Pam permanecía inconsciente bajo la acción de los sedantes...

Brassing contó a Jawson toda la verdad, sin olvidar ninguno de los incidentes que había protagonizado Pam Brassing.

—Le hizo unos análisis y pruebas, tras lo cual se mostró muy confuso y reservado. Dijo algo que me sorprendió: «Me parece absolutamente normal. Aquí están los resultados de los análisis y de los encefalogramas. No hay nada que indique inestabilidad mental». Yo insistí e insistí: «Pero no es posible. La conducta de Pam...». Fue entonces cuando Jawson me recomendó que viniera a Londres.

Entretanto, Pam permanecía la mayor parte del día amodorrada, bajo el efecto de las inyecciones sedantes que la enfermera le administraba.

—Durante los dos días siguientes, no ocurrió nada de particular —añadió Brassing—. Pero en la madrugada del tercer día, Pam rompió en tremendos alaridos que me despertaron, aterrado. Corrí a su dormitorio. La enfermera, señorita Frances Pawning, estaba ya junto a mi hija, que se debatía en un ataque de violencia infinita. Había destrozado una lámpara de noche, un costoso jarrón de Sevres y las jarras y vasos que había sobre una mesita de ruedas. Por fortuna, la señorita Pawning es una mujer muy fuerte y

decidida y logró reducir a Pam enseguida. Entretanto, me rogó que dispusiera una inyección, que ella le administró enseguida. Tras lo cual, Pam se tranquilizó paulatinamente hasta quedar por completo relajada.

Brassing insistió en quedarse un rato velando a su hija. Tuve que insistir varias veces, pero finalmente la enfermera accedió y se retiró a su habitación, próxima a la joven.

—Estuve allí durante más de dos horas, contemplándola en silencio y preguntándome qué oscuro sino había decidido traer a mi casa la intranquilidad y la angustia. En la quietud de la noche, traté de desentrañar las razones de un cambio de conducta tan radical en mi tranquila y cariñosa Pam. De repente, ella se movió un poco en el lecho. Abrió los ojos y me miró con fijeza. Su expresión de consciencia total me impresionó. Y luego dijo aquello...

—¿Qué?

—Pronunció claramente: «Papá, ¿qué es lo que me ocurre? ¿Dónde he estado durante todo este tiempo?».

—¿Eso dijo? —inquirí, desconcertado.

—Exactamente. Era como si de pronto hubiera recobrado el juicio, ¿comprende? La verdad es que no supe qué decir. Luego ella cerró los ojos nuevamente y se durmió. Era un sueño apacible, sosegado, que me hizo concebir esperanzas. Sólo que...

—Siga, por favor.

—Sólo que a la mañana siguiente golpeó a la señorita Pawning salvajemente y escapó. Encontré a la enfermera desvanecida y sangrando abundantemente por boca y nariz. Tenía una fea herida en la frente y numerosos rasguños y cortaduras, que debieron ser producidas por el vidrio de la jarra. Telefoneé apresuradamente a Halmonds, que se presentó media hora más tarde, cuando ya la enfermera había recobrado el conocimiento y yo trataba desmañadamente de enjugar la sangre que seguía manando de sus heridas...

El doctor Halmonds realizó una cura de urgencia a la enfermera y después solicitó por teléfono una ambulancia, puesto que la herida que *miss* Pawning tenía en la frente podría exigir la cirugía estética.

—Quedé desolado, como puede suponerse. Registré toda la casa, pero no encontré a mi hija. Entonces me derrumbé. Imaginaba las

locuras que Pam podría cometer, expuesta además a que un automóvil la atropellara o fuera víctima de los malhechores que en los últimos tiempos abundan por todas partes. Por fortuna fue Halmonds que tomó el asunto en sus manos.

—¿Qué hizo?

—¿Qué se podía haber, sino avisar a la policía? Eso fue lo que hizo el doctor Halmonds.

Se comporto admirablemente: dijo a la policía que mi hija podía padecer una pasajera afección nerviosa, que era urgente encontrarla, que...

Fueron unas horas de indecible angustia.

—Anocheció y yo no tenía noticias de mi hija, aunque telefoneaba constantemente a la policía en demanda de información. A las diez de la noche, cuando estaba al límite de mi resistencia, trajeron a Pam...

Según Brassing, su hija únicamente vestía un camisón y las prendas íntimas. Llevaba la ropa completamente manchada de fango y parecía aterida y exhausta.

—Los policías que la trajeron dijeron que había encontrado a mi hija en el cementerio.

—¿En el cementerio? —exclamé, sin poder reprimir mi asombro.

—Sí. Un vigilante del cementerio había escuchado un rumor anormal. Tomó una lámpara eléctrica y registró los panteones. Pam estaba inclinada sobre una tumba, *tratando de retirar con sus propias manos la losa del enterramiento*.

—Pero ¿qué buscaba allí?

—¿Quién puede saberlo? Los policías la habían cubierto con un capote y la interrogaron, pero fue inútil, pues Pam permaneció en absoluto mutismo. Un oficial de policía me advirtió de la gravedad de los hechos. Según él, la acción de Pam podría tomarse como un delito, aunque frustrado: profanación de tumbas. Le confieso que me asusté. Pero el doctor Halmonds tomó sobre sí toda la responsabilidad y convenció a los policías de que no volvería a ocurrir nada semejante. Finalmente se marcharon.

—¿Y Pam? ¿No dio ninguna explicación?

—Halmonds, después de que una asistenta, hecha venir apresuradamente, la bañara y vistiera, le preguntó la razón de que se hubiera refugiado en el cementerio e intentado retirar aquella

lápida. Pam tenía la mirada extraviada cuando respondió: «No pude sustraerme a la llamada de los espíritus. Sus voces eran tan potentes que sólo pude hacer una cosa: ir».

Brassing calló, agobiado.

Durante un rato, ambos permanecieron en silencio, bebiendo pausadamente nuestros *brandies*, fumando y contemplando el fuego de las llamas en la chimenea.

Al cabo, mi anfitrión continuó:

—Tuve que encontrar no una, sino dos enfermeras, de modo que una de ellas vigilase constantemente a Pam, mientras la otra descansaba. Le ponían varias inyecciones diariamente y Pam permanecía pasivamente inmóvil bajo la acción de las drogas. Pero aquello no podía continuar infinitamente, aunque yo había tomado ya la decisión de hacer un viaje a Londres en el próximo fin de semana. Y eso fue lo que hice.

Alzó cansadamente la cabeza y me miró fijamente.

Las aletas de su nariz estaban dilatadas en un rictus anhelante, sus labios entreabiertos estaban secos, pero sus ojos tenían un brillo húmedo, de angustia.

—Ahora sólo me queda usted, como última esperanza, doctor Hamilton. Alexandre Townsend me dijo que usted era un psiquiatra eminente, un profesional avanzado que conocía técnicas modernas, capaz de resolver mi problema...

Se pasó una nerviosa mano por los canosos cabellos y añadió:

—En cuanto a la enfermedad de Pam, ni el propio doctor Townsend fue capaz de explicarme qué era lo que le ocurría a mi hija. Quiero decir: no fue capaz de catalogar el tipo de desequilibrio mental que Pam padece... Comprendo que mi amigo Alexander Townsend se mostrase confuso y desconcertado: Pam alterna momentos de plena consciencia y cordura con otros de profunda depresión y violenta locura. ¿Qué cree que podemos hacer, doctor Hamilton?

Aquel pobre hombre se sentía desesperado, era evidente.

—¿Qué es lo que usted desea que yo haga? —le preguntó, finalmente.

Se mordió los labios, nervioso.

—En su estado actual, no me parece conveniente trasladar a Pam a Londres. He estado pensando que lo mejor sería que usted se

trasladase a Leeds y la observase con calma. ¿Cree que podría hacerlo?

Reflexioné.

La larga historia que Anthony Brassing me había contado me interesaba apasionadamente. Pero yo no podía abandonar por las buenas a mi abundante y acomodada clientela.

Brassing debió adivinar mis pensamientos, porque se apresuró a advertir:

—En cuanto a sus honorarios, estoy seguro de que no tendrá ningún motivo de reproche para conmigo. Cuando haya terminado con Pam, usted mismo fijará la cantidad que deberá abonarle. Entretanto, le entregaré un cheque al portador por 1000 libras esterlinas para cubrir sus primeros gastos.

Ciertamente, no soy un hombre indiferente al dinero y, al parecer, ocuparme de Pam Brassing podía suponer para mí una importantísima cantidad.

Finalmente asentí:

—Veré lo que puedo hacer. Antes de decidir nada, debo ponerme al habla con alguno de mis colegas, pues necesito que uno de ellos se haga cargo de mi consulta durante una o dos semanas. Naturalmente, tendremos que esperar hasta mañana. Tranquilícese, míster Brassing, le llamaré por teléfono en cuanto haya resuelto el problema.

Me puse en pie y Brassing me imitó.

Era la una y media de la madrugada cuando el anfitrión me acompañó hasta la calle.

—Parker le llevará a su domicilio —anunció.

Y me entregó el cheque que había anunciado, por mil libras esterlinas, que yo guardé cuidadosamente en mi cartera.

Como Parker había dejado el automóvil en la calle, salí inmediatamente precedido por el chófer después de despedirme de Anthony Brassing.

A las diez de la mañana siguiente marqué el número de la residencia Brassing en Londres.

—Todo solucionado, señor Brassing. Dos de mis colegas están dispuestos a atender a mis pacientes durante quince días. Me he visto obligado a dar una disculpa: un ineludible viaje al continente por causas familiares. Si lo prefiere, puede usted tomar el avión

hacia Leeds enseguida. Yo le seguiré al atardecer. Hasta entonces tendré que permanecer aquí para liquidar los asuntos pendientes —le dije.

Pero Brassing no se mostró dispuesto a viajar a Leeds solo. Estaba claro que aquel hombre no emprendería el viaje si no era llevándome a mí como compañero.

—Reservaré dos plazas en el vuelo de las siete de la tarde —dijo.

De todas formas, fue una suerte que me aguardase, pues a las cinco de la tarde el aeropuerto de Heathrow estaba bajo mínimos y a las seis se habían cancelado todos los vuelos.

Fue el propio Anthony Brassing quien me telefoneó a las seis y cinco para anunciármelo.

—Espero que no le importe hacer el viaje por carretera —añadió—. El trayecto es ciertamente largo, pero Parker es un perfecto conductor y, de todas formas, yo prefiero volver a Leeds cuanto antes.

—Muy bien. En ese caso, pongámonos en viaje cuanto antes. Les aguardo en mi consulta de Moorgate. Pero antes debo advertirle algo.

—¿De qué se trata? —preguntó Brassing, con cierta ansiedad.

—De mi enfermera ayudante, la señorita Alice Richards. Ella es soltera y no tiene familiares en Londres, de modo que permanecer quince días cruzada de brazos mientras yo esté en Leeds, supondría para ella un verdadero martirio —le expliqué—. Por otra parte, es una mujer que tiene gran experiencia en la asistencia y tratamiento de enfermos mentales. Creo que nos sería de gran utilidad.

—Tanto mejor. Celebro que la señorita Richards venga con nosotros —asintió Brassing—. Estaremos en Moorgate en media hora.

Colgué y miré a Alice.

—¿Qué...? —murmuró ella, expectante.

—Míster Brassing se ha mostrado muy complacido. Puede venir con nosotros, Alice.

Vi que sus ojos brillaban ante la perspectiva de gozar de un par de semanas de vacaciones fuera de Londres.

En realidad, la idea de que Alice me acompañara a Leeds no había salido de mí, sino que fue ella quien me lo propuso cuando yo le advertí que probablemente me vería obligado a pasar quince días

lejos de Londres.

Para mí, el deseo de mi ayudante era comprensible: Alice andaba por los cuarenta años y no era una mujer muy favorecida por la naturaleza. Aunque su cuerpo era delgado, proporcionado y ágil, sus facciones no eran bellas.

Lo más destacable de su rostro era aquella gran nariz picuda y sus dientes excesivamente largos que le daban un aspecto caballuno. Por lo demás, sus ojos eran bonitos, pero su cabellera tenía un vulgar tono pajizo que no ayudaba ciertamente a la proporción de sus rasgos faciales.

A pesar de lo cual, era una mujer cariñosa, entregada y sensible, con una enorme voluntad para resolver los problemas de los demás.

Pero en Londres, sin su trabajo habitual, Alice tenía que aburrirse necesariamente. Así que un viaje a Leeds por un par de semanas suponía mucho para ella.

Yo tenía preparado ya mi equipaje, compuesto por una sola maleta, aunque de grandes proporciones, y Alice se dispuso a preparar su impedimenta sobre la marcha.

De todas formas, cuando Parker subió a mi consulta, ambos estábamos preparados para el viaje.

Descendimos y presenté a Alice a míster Brassing, que ocupaba un lugar en el confortable asiento trasero.

Aunque hubiéramos podido viajar los tres en el asiento de atrás, preferí sentarme junto a Parker y permitir que Alice viajase junto al millonario.

En cuanto el chófer hubo acomodado nuestras maletas en el portaequipajes, volvió al interior del automóvil y nos pusimos en marcha.

A medida que nos íbamos alejando hacia el norte, la niebla — muy espesa alrededor de la City— se fue debilitando hasta desaparecer del todo. Parker conducía a buena velocidad, lo que me hizo concebir la esperanza de que aquella noche aún podríamos descansar varias horas en una mullida cama de la residencia Brassing en Leeds.

Por desgracia, hacia la diez de la noche comenzó a lloviznar. Después, la lluvia arreció y el chófer se vio obligado a aflojar la marcha.

Por lo demás, fue un viaje muy aburrido. Parker sólo hacía de

cuando en cuando un comentario sobre el estado de la carretera, la densidad del tráfico de vehículos y el tiempo.

Y m^íster Brassing permanecía en hermético mutismo, ocupado, sin duda, su cerebro por las preocupaciones que el estado de su hija le suscitaba. En cuanto a Alice, había intentado varias veces, aunque discretamente, iniciar una conversación que relajase el ambiente e hiciera más llevadero el viaje, pero es obvio que no lo consiguió, a pesar de sus buenos deseos.

La verdad es que yo tampoco sentía muchas ganas de charlar. Pensaba, por encima de todo, pensaba.

Y el centro de mis pensamientos no podía ser más que uno: Pam Brassing y su extrañísima conducta.

Desde luego, como había manifestado el doctor Alexander Townsend al propio Brassing, la enfermedad mental de Pam no era fácilmente catalogable, aunque tenía todos los visos de tratarse de una psicopatía aguda. Porque sólo la psicopatía podía explicar, de alguna forma, los constantes cambios de carácter y humor de la joven *miss* Brassing.

Del relato que el millonario me había hecho la noche anterior, dos pasajes se habían quedado profundamente grabados en mi atención.

Uno de ellos era el relativo al crucero por el Mediterráneo que Pam había hecho durante el último verano.

Este viaje por mar me interesaba particularmente. Porque fue precisamente a su regreso cuando la joven dio muestras de enajenación mental.

«Es posible que algo, ocurrido durante el crucero, la perturbase hasta el extremo de afectar seriamente a su equilibrio psíquico», pensaba yo.

El segundo pasaje que me interesaba era el que se refería a la escapada de Pam y el posterior hallazgo de la joven en un cementerio de Leeds.

Según los policías, la joven «intentaba retirar la losa que cubría un enterramiento».

Esta forma de conducta era aún más preocupante. ¿Un caso de necrofilia, quizá?

Desde luego, yo ya me había propuesto investigar minuciosamente estos dos asuntos en cuanto llegase a Leeds.

Creo que todos, quizá a excepción de Parker, nos habíamos amodorrado un tanto en nuestros cálidos asientos del automóvil cuando ocurrió aquello, a unos cien kilómetros de distancia de la ciudad de Leeds.

Súbitamente escuché un fuerte crujido, seguido del tintinear de fragmentos de vidrio sobre el panel de instrumentos.

Seguidamente, el automóvil dio un fuerte bandazo que arrancó un chillido de espanto de la garganta de Alice Richards.

En los primeros momentos, ninguno de nosotros supo qué había ocurrido. Pero cuando abrí los ojos, comprobé que el parabrisas se había convertido en una verdadera tela de araña, a través de la cual era imposible ver nada.

Por fortuna y como Brassing había advenido. Parker era un conductor muy experto.

Gracias a que conservó la calma y reaccionó rápidamente, quizá yo pueda escribir este relato.

Aunque nada podía divisar a través del parabrisas, Parker redujo la velocidad moderadamente, mientras sujetaba el volante con fuerza. De todas formas, el chófer de Brassing consiguió que en pocos segundos el Rolls Royce pasara de ciento diez kilómetros por hora a poco menos de cincuenta.

En aquel momento, el automóvil debió montar en la cuneta, corrió algunos metros a campo través y finalmente volcó.

CAPÍTULO V

Parker cayó sobre mí con todo su peso. Temí que mis costillas estallasen, pero el buen hombre reaccionó enseguida, se sujetó al volante y logró abrir la portezuela de la derecha.

La señorita Richards lanzaba chillidos de espanto, pero calló en cuanto comprobó que no había sufrido el menor daño.

Y un minuto después estábamos los cuatro fuera del coche, que había volcado sobre su costado izquierdo, posición en que se encontraba aún con dos ruedas girando en el aire, cuando salimos del vehículo, diligentemente ayudados por Parker.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Brassing, disgustado y preocupado.

—No quiero alarmarles, señor —respondió su «valet» londinense —, pero mucho me temo que hayan disparado contra nosotros.

La llovizna que caía en esos momentos refrescó mi rostro agradablemente.

—¿Un disparo? —murmuró Brassing, incrédulo.

—En efecto, señor. Hay un agujero redondo en el parabrisas, que ha quedado inservible al cuartearse en su casi totalidad. Además, debo decir que en el momento en que se estropeó el cristal, mi gorra fue arrebatada de mi cabeza bruscamente. Y esto sólo pudo suceder mediante un balazo —explicó, impasible.

—Si alguien ha disparado contra nosotros, lo mejor es que apague las luces, Parker —me apresuré a advertir—. Esos faros luciendo podrían servir como referencia al asesino.

Brassing gruñó algo entre dientes.

—Pero ¡es absurdo! —exclamó, a continuación—. ¿Quién podría estar interesado en atentar contra nosotros?

Me encogí de hombros.

Entretanto, Parker, con excelente sentido, hizo caso de mi recomendación y apagó las luces del Rolls Royce.

—¿Y ahora, qué podemos hacer? —preguntó Alice, alarmada, aguantando estoicamente la lluvia que seguía cayendo con suavidad sobre la campiña.

—En primer lugar, buscarnos unos impermeables —respondí. Y pedí a Parker que viera de abrir el maletero, lo que éste hizo inmediatamente.

Luego el chófer sacó unos triángulos reflectantes que colocó al borde izquierdo de la carretera.

Diez minutos después paró un camión. Su conductor se avino a recoger a Parker, quien después de consultar con mister Brassing, subió a la cabina y el camión se alejó hacia la próxima localidad de Breaking.

Media hora más tarde, un automóvil de la policía se detuvo en el arcén. Fue todo muy breve: yo me limité a hacer un resumen de lo que nos había ocurrido y de las posibles causas del accidente. Dos policías examinaron el automóvil, hicieron algunos comentarios ininteligibles entre ellos y nos invitaron a subir a su vehículo. Pero en ese momento llegaba Parker con un taxi, por lo que preferimos subir a este último automóvil, una vez recogidas del Rolls nuestras pertenencias.

En Breaking, Anthony Brassing firmó una denuncia y la policía nos permitió continuar nuestro viaje a Leeds en el taxi alquilado por Parker.

Llegamos a la residencia Brassing después de las tres de la madrugada. Una adormilada mujer de unos cincuenta años nos abrió la puerta, tras lo cual nos condujo a nuestras habitaciones, pues era demasiado tarde para hacer otra cosa que descansar.

Así pues, me desnudé rápidamente, me puse el pijama, me metí en la cama y me dormí.

Contra lo que pueda imaginarse, ni Alice ni yo descansamos hasta altas horas de la mañana. Por mi parte, a las diez de la mañana estaba en pie. Cuando me hube afeitado y vestido, abandoné mi espacioso dormitorio y salí al pasillo, donde me encontré con Alice Richards, que había desayunado ya.

Fue Alice quien me presentó a la señora Grover, el ama de llaves que nos recibiera la noche anterior. La señora Grover me preguntó amablemente si quería que me sirviesen el desayuno en el comedor o prefería hacerlo en la cocina.

—Adoro las cocinas —respondí. Y la señora Grover sonrió, encantada, por lo que supe que me había ganado las simpatías de la mujer con aquel simple comentario.

Su simpatía se tradujo en un magnífico y abundante desayuno, que yo consumí rápidamente en la espaciosa y alegre cocina.

La señora Grover me anunció que el señor Brassing se había trasladado al centro de la ciudad para atender sus asuntos de negocios en sus oficinas principales, pero que volvería para la hora del almuerzo.

Una de las enfermeras de Pam Brassing me informó que ésta dormía profundamente. Mientras esperábamos a nuestro anfitrión, Alice y yo dimos un largo paseo por el magnífico y extenso parque que rodeaba la mansión...

—¿Qué piensa de todo esto, Alice? —le pregunté, mientras caminábamos y fumábamos sendos cigarrillos.

—¿Esto? —Se detuvo un momento—. Si se refiere a la «choza» del señor Brassing, le diré que ahora comprendo que los hombres de negocios no tengan corazón. Hay que esforzarse mucho para llegar a poseer una casa fabulosa como ésta. Sinceramente, envidio a los Brassing.

—No me refería a la casa, sino a los Brassing. ¿Ha visto a Pam?

Asintió con el gesto.

—Me entrevisté con las señoritas Hambler y Kingston, las enfermeras que cuidan de Pamela Brassing —respondió—. Les dije que era la ayudante del doctor Hamilton y ambas se mostraron amables, aunque excesivamente herméticas. De todas formas, me permitieron penetrar en la alcoba de Pam. Dormía como un angelito. ¡Es preciosa!

Nos habíamos detenido un momento, pero seguimos caminando hasta que un alto muro de piedra nos cerró el paso. Nos disponíamos a sentarnos en un banco de madera pintado de color verde manzana, cuando vi aquellas huellas profundamente marcadas sobre el mantillo esponjoso.

Disimuladamente, seguí el rastro con la mirada y advertí que se detenían junto al robusto tronco de un pino. Tanto el tronco del árbol, como el muro estaban manchados de huellas de barro.

Se diría que también la lluvia había caído abundante la noche anterior sobre la comarca de Leeds, a juzgar por lo esponjoso de la

tierra de jardín.

Yo incluso me atrevería a afirmar —a la vista de las huellas— que alguien había abandonado subrepticamente la mansión recientemente. ¿O quizá se trataba de la llegada de un intruso desde el exterior?

Quizá de las dos cosas, al mismo tiempo, pues según pude comprobar las huellas seguían una dirección hacia el muro y otra de regreso.

Naturalmente, aquello no me atañía. Yo no era un policía o un investigador privado, sino un psiquiatra.

Media hora después, cerca de la una, Alice y yo volvimos paseando lentamente hacia la mansión.

Enseguida se aproximó a nosotros la señora Grover.

—El señor Brassing acaba de llegar, doctor Hamilton, y quiere verle en su despacho. ¿Quiere seguirme, por favor?

Me disculpé con Alice y seguí al ama de llaves, la cual me guió hasta el despacho del dueño de la casa. En cuanto hube entrado, la señora Grover cerró la puerta a mi espalda. Brassing ni siquiera me invitó a sentarme.

Cuando le miré, extrañado, advertí la palidez de sus facciones, sus oscuras ojeras y las bolsas que se habían formado bajo sus ojos. «No ha debido dormir durante toda la noche», pensé.

Brassing se puso en pie, inquieto, y fue hacia la ventana. Estaba de espaldas, cuando pronunció en un murmullo apenas audible:

—Tengo que decirle algo, doctor Hamilton. ¡Dios mío, no puedo guardar este secreto para mí! —exclamó atormentado.

Di unos pasos hacia él, deseoso de ayudarle en lo posible.

—Bien, ¿de qué se trata?

Sin volverse respondió:

—De algo terrible. Tengo motivos para sospechar que fue mi hija quien disparó anoche sobre nosotros, cuando nos acercábamos a Leeds —confesó.

No supe qué responder. Por un momento, ambos permanecemos silenciosos.

—¿Cómo lo sabe? —dije al fin.

Fue entonces cuando se volvió hacia mí.

A la cruda luz del mediodía, Anthony Brassing parecía más viejo y marchito que nunca.

—La policía de Breaking llamó a mis oficinas de Leeds. Un sargento Brando me dijo que habían encontrado un proyectil en el tapizado del techo de mi Rolls. Aseguró que la bala era del calibre 22...

—No comprendo.

—Lo comprenderá todo enseguida. Pero antes déjeme que le hable de mi conversación telefónica con el sargento Brando. Me informó que había trabajado de firme esta mañana. Examinaron atentamente el lugar donde alguien tiroteó mi Rolls, calcularon el ángulo del disparo y obtuvieron como resultado el descubrimiento de la posición del tirador, que se había ocultado entre unos matorrales situados en la cima de una colina, distante ciento ochenta metros del punto donde fue alcanzado el automóvil.

Según el sargento Brando, habían encontrado allí huellas de botas.

—El calzado era de un número muy pequeño, un 35, y los tacones muy estrechos, todo lo cual anima a la policía a pensar que nuestro tirador era una mujer. Naturalmente, Brando me preguntó si sospechaba de alguien. Y mentí: dije que no.

—Pero...

—Lo cierto es que ya sospechaba de Pam cuando Brando me llamó desde la localidad de Breaking —confesó el atribulado Anthony Brassing.

—¿Por qué?

—Esta mañana advertí la falta de una carabina calibre 22 de mi armero. También faltaba la mira telescópica que suelo usar cuando alguno de mis amigos organiza una partida de caza mayor. Sólo Pam sabe dónde guardo las llaves de mi armero. De modo que...

—Pero eso no constituye una prueba concluyente —opuse.

—¿No? Permítame decirle que encontré unas botas embarradas y húmedas en la caseta del jardinero. Las botas eran de mi hija —confesó el millonario con un hilo de voz.

Reflexioné, preocupado.

—Piensa, entonces, que Pam logró escapar a la vigilancia de su enfermera de turno... —sugerí.

Brassing asintió.

—Sí, eso es lo que pienso —declaró—. Mi hija narcotizó a la enfermera Kingston, aunque todavía ignoro cómo lo consiguió.

Interrogué a la señorita Kingston, encargada de vigilar a mi hija hasta las cuatro de la madrugada. La enfermera acabó confesando que se había dormido profundamente y por tanto no sabía lo que había ocurrido en el dormitorio de Pam, hasta que llegamos nosotros y su compañera, la enfermera Hambler, la despertó. Ninguna de las dos hizo ningún comentario, pero esta mañana y ante mis insistentes preguntas, no tuvieron más remedio que explicarme lo sucedido, aunque ellas no tienen ni idea de que Pam escapase del dormitorio y de la casa.

—Pero ¿cómo pudo trasladarse hasta más allá de Breaking, disparar contra el coche y regresar antes de que nosotros llegásemos? —planteé.

Brassing se frotó los enrojecidos párpados en actitud de suma fatiga.

—Pam posee un rápido «MGB», un automóvil deportivo muy potente. Y ella es una excelente conductora, apasionada de los vehículos de esta clase —me explicó—. Ayer mañana, yo telefoneé a la señora Grover para anunciarle que volvería a Leeds acompañado de usted en esta misma fecha. Más tarde volví a llamar para indicar que Heathrow estaba cerrado y que, en consecuencia, emprenderíamos el viaje por carretera. He descubierto que la señora Grover dio la noticia a las enfermeras. Pam se sentía muy inquieta esa tarde y la señorita Hambler dio la noticia de mi llegada con la intención de tranquilizarla. De modo que ella sabía que nosotros llegaríamos por carretera en el Rolls Royce, automóvil que ella conocía perfectamente.

Las ideas de Brassing estaban muy claras al respecto:

—Pam abandonó subrepticamente la casa, después de dormir a la enfermera Kingston, llevando mi carabina calibre 22 y el visor telescópico. Luego tomó su coche y...

—¿Dónde estaba el coche? —pregunté, interrumpiéndole.

—En la calle, cerca del muro que rodea el jardín y la casa. Lo trajeron del taller mientras yo me encontraba en Londres. El muchacho del taller entregó la llave a la señora Grover y se marchó, sin más. La señora Grover no entiende de automóviles y dejó el «MGB» en la calle hasta que yo regresara. Pero, entretanto, Pam robó las llaves de su propio coche y lo utilizó para salirnos al encuentro —explicó el millonario.

Luego las huellas de pies calzados que yo había visto esa misma mañana sobre el mantillo esponjoso del jardín debían corresponder a la propia Pam Brasing.

Vistas las cosas así, no cabía duda ya de que ella era culpable.

—Su mente está gravemente perturbada —murmuró Brasing, desolado—. Después de esto, no vale la pena hacerse muchas ilusiones. Pero lo que verdaderamente me atormenta es...

—¿Qué? —inquirí con interés.

—Lo que me atormenta es la duda. No sé si mi hija quería matarle a usted o si pretendía asesinarme a mí —pronunció con voz enronquecida.

CAPÍTULO VI

Esa tarde, Brassing me llevó a la habitación de su hija.

Pam estaba despierta y charlando animadamente con la señorita Kingston. Pero calló bruscamente cuando me vio.

—¿Quiere salir un momento, señorita Kingston? —pidió Brassing amablemente. Y la enfermera se apresuró a obedecer.

Nos aproximamos al lecho. Comprobé que Alice no había exagerado lo más mínimo: Pam Brassing era una joven arrebatadoramente bella.

Desde su cuidado cabello negro hasta las perfectas y cuidadas manos, todo poseía en ella un atractivo magnético. Pero eran sobre todo sus ojos azules, tan claros y brillantes, lo que más atraían al primer golpe de vista, si bien su nariz recta, sus pómulos pronunciados, sus labios carnosos y su fina barbilla completaban un rostro verdaderamente hermoso.

—Pam, tenemos que hablar seriamente —dijo su padre, sentándose al borde del lecho y tomándole las manos.

Ella no dijo nada. Me contemplaba a mí con atención, sin hostilidad, por fortuna.

—Hijita, no puedo seguir fingiendo: estás gravemente enferma y necesitas asistencia. Este caballero es el doctor Max Hamilton, de Londres. Es un famoso psiquiatra y te ayudará, si tú estás dispuesta a colaborar con él —insistió Brassing, tembloroso, pero firmemente decidido a abordar el problema.

Pam inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿Crees que estoy loca, papá? —preguntó con sorprendente dulzura.

Brassing tragó saliva.

—Pienso que sufres algún tipo de desequilibrio nervioso o mental. Pero el doctor Hamilton ha venido desde Londres para ocuparse de ello —dijo, sin dejar de acariciar las manos de su hija.

De repente, Pam alzó la cabeza.

—Estás equivocado, papá: yo no estoy loca —pronunció, sin alzar la voz.

La observé con toda la atención del mundo. Verdaderamente, aquella mujer no me pareció una loca. Sus ojos azules tenían un destello de inteligencia y su actitud era relajada y serena.

—No se trata de locura, papá. Es la influencia de otras fuerzas que escapan a mi voluntad, que me someten y me rigen a su capricho —añadió la guapa muchacha.

—¿Otras fuerzas? —exclamé yo, aproximándose—. ¿Qué clase de fuerzas?

Pam no rehuyó mi mirada. ¡Parecía tan inocente y honesta...!

—No sabría explicarme, doctor Hamilton —respondió mansamente—. Sólo sé que de repente se apoderan de mí y me obligan a hacer algo que me repugna. En realidad, es como si a partir de ese momento dejase de existir yo para prestar mi ser a otro espíritu. En ese momento, noto que soy incapaz de luchar contra esa sutil llamada, siento un horrible dolor de cabeza y finalmente me abandono a las fuerzas, mil veces más potentes que yo. Y todo esto, ¡oh, Dios mío!, es tan angustiioso, que daría cuanto fuera con tal de verme liberada del acoso de esas fuerzas psíquicas contrapuestas.

—¿Contrapuestas ha dicho? —inquirí, profundamente interesado.

Pam cerró los ojos y se acarició los párpados. Apoyadas las yemas de los dedos sobre los ojos, permaneció varios minutos inmóvil, de tal modo que llegué a temer que hubiera caído en trance.

Pero no había tal, pues enseguida separó las manos y me miró.

—Sí, son dos voces absolutamente distintas. Una me llama dulcemente, me suplica, gime como si sufriera... La otra en cambio es brusca, autoritaria, brutal, odiosa, y jamás suplica, sino que ordena. En cualquiera de ambos casos, cuando se produce la llamada, inmediatamente siento una profunda laxitud, como si estuviera al borde de mis fuerzas tras una prolongada caminata o una jornada de duro ejercicio físico. Yo trato de resistir al hecho de que esas potencias se apoderen de mi voluntad, pero enseguida cedo cuando la vorágine se desata en mi cerebro y me siento

sometida a mil torturas. Y luego, en el momento en que cedo, cesa la angustia y el dolor y me siento liberada...

Pam se interrumpió. Sus párpados se agitaron vivamente.

—Lo más extraño es... que cuando esas fuerzas se apoderan de mí, pierdo absolutamente la memoria. Cuando mi propia consciencia vuelve a mí, me resulta imposible recordar nada de lo que ha ocurrido durante horas y horas —susurró.

Rodeé el lecho y me senté sobre el borde de la cama, al otro lado del lugar que ocupaba Anthony Brassing.

—Y anoche, usted, señorita Brassing, volvió a sentirse asaltada por esas extrañas fuerzas —pronuncié lentamente, sin alzar la voz.

Sus finas cejas se arquearon.

—¡Sí! —exclamó—. ¿Cómo lo sabe?

—Ocurrió poco después de que la señorita Hamblar le diera la noticia del regreso de su padre —insistí.

—¡Sí, justamente! —exclamó Pam, asombrada—. Pero no comprendo cómo usted puede saber...

—Soy psiquiatra, señorita Brassing, y poseo una cierta experiencia acerca de cómo se desenvuelven ciertas fuerzas psíquicas —respondí vagamente—. Sospecho que su angustia se debe al hecho de verse en medio de dos poderosas fuerzas contrapuestas. Usted recibe llamadas muy diferentes... Llamadas que la impulsan a obrar en otro u otro sentido. Y usted no sabe en qué dirección marchar.

Pam se mostró confundida. Había liberado sus manos de las de su padre y se las retorció, muy nerviosa.

—Sí, supongo que es así, pero no puedo saber qué pretenden... ¡Es todo tan vago! Hay tremendas lagunas en mi memoria. Algunas veces me siento incapaz de recordar qué hice durante varios días seguidos. Y todo esto me atormenta y me angustia hasta el paroxismo —dijo.

Me acerqué a ella, tomé sus manos y las oprimí suavemente.

—No tema. A partir de hoy cuenta con un aliado. Yo la ayudaré con todas mis fuerzas. Aprenderá a resistir, fortalecerá su voluntad y llegará a ver claro cuando esas llamadas se produzcan —pronuncié con calor, poniendo en mis palabras un acento de seguridad y fortaleza.

Solté sus manos. Pero ella tomó las mías, aferrándolas con

tremenda fuerza.

—¡Sí, sí, doctor Hamilton: Se lo ruego, se lo ruego...!, ¡ayúdeme! Sé que no estoy loca, aunque mi cerebro esté sometido a ciertas tensiones. Pero si sigo debatiéndome en esta terrible lucha. Temo mucho que acabe irremediablemente loca —gimió.

Pronuncié unas palabras de ánimo y ella pareció más confortada. Un momento después, Brassing y yo abandonábamos la habitación y la enfermera Kingston volvía al lado de Pam.

Brassing me tomó por el brazo y me detuvo junto a la escalera que descendía a la planta baja.

—¿Qué es lo que le ocurre a mi hija? ¿Cuál es su opinión, doctor Hamilton? ¿Verdaderamente está... loca? —preguntó, lleno de angustia.

Me tomé unos segundos para responder.

—No es fácil responder a esa pregunta —dije, pensativo—. Tras la primera observación y teniendo en cuenta su conducta, podría apreciarse su desequilibrio psíquico como una esquizofrenia profunda.

Brassing jadeó.

—Sin embargo, yo no creo que esté loca —añadí. Y mi anfitrión pareció resucitar.

—¿De veras?

—La estuve observando atentamente durante todo el tiempo y puedo afirmar que su actitud no era la de una demente.

—Pero usted, doctor Hamilton, sabe que mi hija cometió toda una serie de atrocidades y aberraciones. Si no está loca, ¿qué le ocurre?

No parecía muy fácil explicar mis opiniones a un hombre como Brassing que sólo entendía de negocios.

—Creo que es un fenómeno de psiquismo —expliqué con calma—. Para que lo entienda, se lo explicaré con palabras sencillas. ¿Ha oído hablar de telepatía?

—Sí —afirmó.

—Yo diría que Pam está sometido a las órdenes telepáticas que le envía alguien. Pam es una mujer muy receptiva, sensible y espiritual, de ahí que una mente superior pueda dominarla perfectamente.

Brassing se rascó la nuca.

—No entiendo muy bien todo eso, pero si alguien es capaz de influir en Pam psíquicamente, a distancia, ¿qué objetivo tendría todo ello? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Confieso que no lo sé, de momento.

—Así que usted piensa que se trata de un fenómeno paranormal...

—No. Más bien parapsicológico. Una o unas personas, que poseen una gran potencia mental, están perturbando a su hija, según parece. ¿No sabe de alguien que pudiera tener interés en hacerle daño a usted, señor Brassing?

Se removió inquieto.

—Verá, un hombre de negocios tiene enemigos o rivales, debido a cuestiones de interés encontradas. Pero en mi caso no creo que sea así. Conscientemente, no he lesionado los intereses de nadie ni ofendido a ninguna persona.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Desde luego —afirmó, con seguridad.

Llamé a Alice y le pedí que se informase acerca de la medicación que el doctor Jawson Había recomendado a *miss* Brassing. Cuando Alice me trajo de la lista de los específicos, decidí prescindir de algunos de los recetados por Jawson y extender una receta para que Alice obtuviese otros en la farmacia.

Esa misma tarde, pedí autorización a míster Brassing para utilizar el «MGB» de Pam, a lo que mi anfitrión accedió enseguida.

—Salgo a dar un paseo —anuncié—. Volveré enseguida.

Di instrucciones específicas a Alice respecto a los cuidados a que habría que someter a Pam y me dirigí al garaje de la residencia Brassing.

Allí, juntos a dos magníficas automóviles de gran precio, estaba el precioso «MGB» de Pam: un automóvil deportivo, color cobre, metalizado.

Me incliné y vi los guardabarros. Estaban interiormente llenos de lodo aún húmedo.

Como las llaves estaban en el panel, me acomodé tras el volante y di al encendido. Abandoné el garaje y llegué junto a la verja de hierro, que se abrió automáticamente cuando los neumáticos del coche pisaron un peralte metálico del pavimento.

Antes de anochecer me encontraba junto a las tapias del cementerio Saint Michael, situado al sudoeste de la ciudad.

La verja estaba cerrada, pero había un timbre para avisar al vigilante del camposanto. Lo oprimí repetidas veces y un minuto después, un individuo delgado que vestía un impermeable gris se aproximó a la verja.

—Soy Max Hamilton y me envía míster Anthony Brassing. Me gustaría charlar unos minutos con usted —dije.

El hombre de las facciones angulosas vaciló, pero finalmente sacó una llave, abrió la verja y me permitió entrar.

—Sígame —me invitó—. Aquí hace demasiado frío y dentro de poco comenzará a llover.

Caminé tras él a través del suelo enlosado y penetramos en un edificio de poca altura. Dentro, una excelente estufa al rojo vivo relucía en un rincón.

—Usted dirá, señor Hamilton —dijo el vigilante, que dijo llamarse Douglas.

—Se trata del incidente del otro día. Usted encontró en el cementerio a la hija del señor Brassing, que al parecer sufría un pasajero desequilibrio nervioso...

—¡Sí, sí, lo recuerdo! Menudo susto me llevé —comentó Douglas—. La verdad es que no podía imaginar que se tratase de una guara chica inofensiva. Lo que temí es que se tratase de salteadores de tumbas. Por fortuna todo se arregló.

—Ya —dije—. Pues bien: el señor Brassing tiene interés en averiguar si su hija produjo algún daño a esa tumba.

Douglas alzó la mirada, sorprendido.

—Desde luego que no —respondió—. ¿Qué daño podía hacer? Se trata de un enterramiento antiguo, de mármol. Y la losa es muy pesada. Ella estaba abrazada a la lápida y exhalaba unos gemidos que me aterraron. Pero no, no produjo deterioro alguno.

Tras una cierta vacilación, me atreví a preguntar al vigilante:

—¿No tendría inconveniente en acompañarme a echar una ojeada a esa tumba? Me gustaría comprobar personalmente que la señorita Brassing no causó ningún estropicio.

Saqué un billete de cinco libras y lo tendí a Douglas.

—Tenga, por las molestias.

Me ofreció un chubasquero, pues estaba ya lloviznando, pero yo

denegué el ofrecimiento con un gesto.

Salimos.

Al oscurecer y con el cielo cubierto de negros nubarrones, el cementerio tenía un aspecto triste y sombrío.

Douglas me precedió a lo largo de las hileras de enterramientos y sólo se detuvo cuando llegamos a un rincón hosco y alejado.

—Es ésa —dijo.

Y señalaba el túmulo rodeado de yerbajos secos que se encontraba a diez metros de distancia.

El mármol de la tumba era gris y estaba cubierto de fino musgo en la cara que daba al norte.

Era un túmulo muy sencillo: una caja de mármol que sobresalía dos palmos del suelo. Sobre la losa había cincelado algo que recordaba una cruz ortodoxa, aunque el relieve estaba tan deteriorado que apenas se reconocía el símbolo cristiano. —Esa cruz — exclamé—. Parece como si alguien hubiera tratado de destruirla a golpes...

Pero Douglas me hizo ver que el verdín cubría por entero las erosiones de la cruz labrada sobre el mármol.

—No se trata de golpes recientes. La verdad es que este rincón parece un lugar peligroso —dijo.

—¿Peligroso? —me volví asombrado—. ¿Por qué?

—Yo sólo llevo aquí tres años, pero el anterior vigilante decía que durante las tormentas, numerosas exhalaciones eléctricas caían continuamente sobre esta parte del cementerio —afirmó.

—¿Quiere decir que los rayos se cebaban sobre este túmulo? —inquirí.

—Eso era, al menos, lo que aseguraba el anterior vigilante. Supongo que el fenómeno tendrá una explicación lógica: quizá exista en el subsuelo gran cantidad de hierro u otros minerales. ¡Quién sabe!

El verdín era tan espeso sobre la losa que las inscripciones grabadas sobre el mármol apenas eran legibles.

Tuve que buscar algo con lo que raspar el musgo y finalmente pude leer la inscripción. Era muy breve. Ponía:

AQUÍ YACE STEFAN BRASSONOW.

R.I.P.

Año 1942

Detrás de mí, el vigilante parecía extrañamente nervioso.

—¿Qué le ocurre, Douglas? —le pregunté.

—Mire el cielo... ¡Esos nubarrones! No me extrañaría que descargara una verdadera tormenta. Yo que usted me apartaría de ahí. Nunca se sabe...

A mi pesar, sentí miedo. De modo que me aparté a buen paso de aquel lugar y seguí a Douglas en dirección a su puesto de vigilancia.

No habríamos caminado cincuenta metros, cuando un destello flamígero rasgó la bóveda del firmamento y una potente exhalación cayó detrás de nosotros.

El trueno casi nos dejó sordos.

—¿No se lo dije? —gritó el vigilante—. Estoy seguro que cayó en ese rincón.

Incrédulo aún, me detuve y volví la vista atrás. El segundo relámpago casi me cegó. Aterrado me dejé caer al suelo vivamente en el momento en que un nuevo rayo se abatía sobre el rincón del camposanto en donde se encontraba la tumba de Stefan Brassonow.

Douglas llegó en una carrera hacia mí, se inclinó y me agarró y me arrastró hacia el otro extremo del cementerio.

CAPÍTULO VII

—¿Por qué no me dijo la verdad? —pregunté, acusador.

Brassing inclinó la cabeza, abatido.

—No creí que fuera necesario. Es algo... que siempre me esforcé en ocultar —respondió con voz súbitamente ronca.

—Pero ¿por qué? —insistí, acorralándolo.

Nos encontramos ambos en su despacho, ante dos vasos de *whisky* añejo.

No quería hablar, se resistía con todas sus fuerzas a decirme la verdad.

—Una cosa es cierta —dije—. La tumba que Pam trataba locamente de abrir era la de Stefan Brassonow, su propio abuelo.

Brassing extendió una mano y tomó su vaso con un ademán tembloroso. Bebió el licor de un trago y dejó bruscamente el vaso sobre la mesa.

—No sé cómo pudo averiguarlo... ¡Es inconcebible! —murmuró entre dientes—. Ya se lo dije: Fue una especie de premonición. Brassing empieza exactamente igual que Brassonow. Por otra parte, usted mismo me dijo que era ruso de nacimiento. Relacioné ambas cosas y llegué a la deducción que entre Stefan Brassonow y usted había algún nexo de unión. Y no me equivoqué. Hice una urgente visita a la hemeroteca municipal, consulté los periódicos de mil novecientos cuarenta y uno y cuarenta y dos y... llegué al fondo de la verdad —le expliqué.

Brassing se pasó el pañuelo por su brillante frente.

—No me refería a cómo se enteró usted, doctor Hamilton, *sino a cómo lo supo ella* —dijo.

—¿Pam?

—Sí. Siempre traté de ocultarle la historia de su abuelo paterno. Cuando ella tuvo uso de ratón y me preguntaba, yo le decía que mi padre había muerto en mi país de origen. Por nada del mundo

hubiera permitido que la niña fuese perturbada por la historia de... de un criminal.

—Comprendo.

Brassing sirvió nuevamente licor en los dos vasos.

—¿Así que ya lo sabe todo? —dijo, mirándome fijamente.

—No exactamente. Digamos que tengo una idea de quién fue la persona que yace en un rincón del cementerio Saint Michael. Pero me gustaría escuchar toda la historia de sus labios —pronuncié.

—¿Verdaderamente lo cree necesario?

—Sí —respondí.

Brassing dirigió una desconfiada mirada a la puerta, se alzó de su asiento, cruzó la estancia, cerró la puerta con llave y volvió a su sitio.

—Recuerdo a mi padre como un gigante de un metro noventa, un enorme mostacho y hundidos y brillantes ojos grises, muy claros. Stefan Brassonow era un hombre muy fuerte, que trabajaba en la Fundación Olesseiev, de Kronstadt. No era un hombre afectuoso. No recuerdo haber recibido jamás de él un solo gesto cariñoso. Y esto se debía, según mi madre, Alexandre Petrovna, al hecho de que mi nacimiento había disgustado profundamente a mi padre, que ya, pocos años después de la revolución, sólo ansiaba atesorar rublos y copecs para conseguir cuanto antes escapar de la Rusia comunista. Mi nacimiento, no deseado, sólo suponía para él un retraso en la consecución de sus fines y un engorro más en la azarosa huida que había proyectado. Una cosa es cierta: al menos tuvo la vergüenza necesaria para no abandonarnos a mí y a mi madre. Aprovechando la confusa situación de Kronstadt en 1928, mi padre consiguió meternos en un barco italiano y logramos huir. Pero él no pudo hacerlo: pocos minutos antes de embarcar, un comisario de Lenin y varios soldados le detuvieron...

Alexandra Petrovna y su hijo, Anton Brassonow, tuvieron que sufrir muchas penalidades antes de llegar a Inglaterra, donde por fin obtuvieron asilo político.

Temerosa de la represión de los agentes bolcheviques que solían visitar Londres, Alexandra Petrovna escogió como residencia una ciudad más alejada: Leeds.

Enseguida encontró empleo en una fábrica de hilaturas. Poco después y a través de la Fraternidad Rusa, consiguió establecer

comunicación con Stefan, que había vuelto a trabajar a la Fundación Olesseiev después de pasar unos meses en prisión.

En los primeros días del año 1930 llegó un mensaje de Stefan Brassonow: al parecer había logrado reunir una cierta cantidad de dinero y algunas joyas y estaba dispuesto a reunirse con su familia fuera como fuera.

Stefan llegó a Leeds en abril del mismo año. No parecía el mismo hombre: su espalda se había encorvado, se había quedado casi calvo y perdido más de treinta kilos de peso.

Su carácter no sólo no había mejorado, sino que, por el contrario, se había tornado más agrio e insoportable.

Se lamentaba continuamente de que había tenido que parar una fortuna para salir de Rusia, que los capitanes de los barcos le habían estafado y de los múltiples robos de que había sido víctima en su largo éxodo.

—Podía ser un hombre muy rico, pero no soy otra cosa que un paria, un extranjero que se tiene que ganar la vida con trabajo —le oía decir su esposa.

Stefan vivió a costa de su esposa durante dos años. Luego la situación se tornó insostenible y no tuvo otra solución que emplearse en una fundición.

A veces pasaban semanas enteras sin que apareciese por el hogar. En cierto modo, su hijo lo prefería: era la única forma de vivir tranquilos, pues Stefan se convertía en un hombre brutal en cuanto traspasaba el umbral del humilde hogar donde vivían Alexandra y su hijo.

No era extraño oír gritar a Alexandra algunas noches. Sus alaridos se mezclaban con las blasfemias del padre y el muchacho, aterrado, escondía la cabeza entre las manos, deseoso de evitar aquel horror.

Cuando su marido no estaba presente, Alexandra murmuraba:

—No es el mismo. Se ha vuelto loco.

Una noche, Antón no pudo resistir los chillidos de su madre, a la que su padre estaba martirizando como de costumbre. Aunque muerto de miedo, el muchacho penetró en el dormitorio conyugal dispuesto a impedir que el colérico Stefan Brassonow continuase torturando a su madre.

—¡Déjala! —gritó el niño, valientemente—. Déjala o llamaré a la

policía.

Stefan le miró con ojos febriles.

—¡Tú, enano del demonio...! —barbotó.

Y agarró al niño y lo lanzó salvajemente contra la pared, con ánimo de destrozarlo, sin duda.

Por fortuna, Stefan no tenía ya las fuerzas de antaño, por lo que Antón en lugar de estrellarse contra la pared cayó sobre un montón de ropa plagada que su madre tenía sobre un escabel. De todas formas, el golpe fue tan violento que le dejó sin habla.

Su madre le defendió a riesgo de su vida. De todas formas, tomó al niño amorosamente en sus brazos y le llevó lejos de las garras de su irascible y loco padre.

Pero Alexandra nunca olvidó el gesto homicida que viera en las demacradas facciones de su marido. Temió por la vida de su hijo y decidió ponerlo a salvo. Para ello, sólo podía hacer una cosa: confiarlo al capataz de la fábrica de hilaturas, Sam Hawkins, cuya mujer no había concebido ningún niño.

Los Hawkins aceptaron encantados a Antón, que por entonces tenía ya diez años y era un muchacho espigado y saludable.

Su madre iba a verlo a menudo al hogar de los Hawkins, pero de ninguna manera permitía que el niño apareciera por el domicilio de los Brassonow.

De todas formas, Tony supo que su padre permanecía largas temporadas sin aparecer por su casa, que vivía con otras mujeres y que había entregado por completo a su mala vida. En varias ocasiones, había sido detenido por la policía y cumplido varias cortas condenas de prisión, acusado de abusos deshonestos en las personas de varias jovencitas, menores de edad.

Cuando estalló la II Guerra Mundial, Stefan Brassonow había ingresado en una secta de visionarios que pretendían ganar la eternidad a base de sacrificios físicos y cruentos.

Fue en 1942 cuando Tony supo una parte de la horrenda verdad. Tuvo las primeras noticias aquella tarde que su madre acudió al hogar de los Hawkins con el rostro deformado a golpes y el pobre vestido manchado de sangre.

Después de que los Hawkins y el propio Tony la curaran y consolaran lo mejor que pudieron, Alexandra confesó a su hijo que su esposo se había presentado ante ella unas horas antes.

—Tenía un brillo de locura en los ojos y parecía una fiera acorralada. Su ropa hedía literalmente, tenía barba de varias semanas y parecía más delgado que nunca. Ni siquiera me saludó. Sólo dijo: «Me andan buscando. De modo que dame todo lo que tengas». Quise saber por qué lo buscaban, pero él no me lo dijo. Le entregué algún dinero, pero él no se conformó. «Dame también lo que guardas para Antón». Me resistí, pero él me golpeó hasta que perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, él no estaba ya; tampoco estaban las ochocientas libras que había conseguido ahorrar día a día para ti, hijo mío —relató la infeliz esposa, Al día siguiente, tres policías vinieron a interrogar Alexandra Petrovna. Querían saber datos y más datos sobre las idas y venidas de su esposo. Ella contestó a todas las preguntas y finalmente hizo una a su vez:

—¿Saben algo de él?

—Sí —le contestaron—. Está detenido, acusado del asesinato y violación de cuatro jóvenes, todas ellas menores de edad.

Alexandra se derrumbó a tierra sin un gemido. Por suerte para ella, los Hawkins eran buena gente y la rodearon de cuidados y cariño.

Tony tenía ya diecisiete años y le gustaba leer los periódicos. Supo así la clase de alimaña en que se había convertido su padre.

No sólo había asesinado y violado Stefan Bassonow. También había participado en horrendos y sangrientos rituales de la secta a la que pertenecía, uno de los cuales consistía en beber la sangre de sus víctimas, necesariamente vírgenes.

Todo el horror de una vida de crímenes execrables se desveló en unas pocas horas. Al día siguiente, los periódicos traían una noticia espectacular en primera plana:

BRASSONOW, LLAMADO «EL VAMPIRO DE LEEDS», CONSIGUE FUGARSE DE UNA CELDA EN LA COMISARIA DE HUGGINS FIELDS.

PARA ELLO, SE VIO OBLIGADO A DESEMBARAZARSE DE UN POLICÍA, AL QUE HUNDIÓ EL CRANEO A GOLPES

Tony y su madre se sintieron aterrados.

Hasta que Sam Hawkins trajo el periódico de la tarde, edición

especial, el terror no les abandonó.

SUICIDIO DEL VAMPIRO DE LEEDS

Se leía en primera página. Y Tony leyó ávidamente aquella noticia.

Stefan se había refugiado en una nave de la fundición donde había trabajado unos años atrás, pero un antiguo compañero le había descubierto y avisado a la policía.

Docenas y docenas de agentes habían rodeado el lugar, dispuestos a evitar que el peligroso criminal escapara.

En el último momento, cuando comprendió que la fuga era imposible, Brassnow había optado por suicidarse de una forma insólita: ingiriendo un gran chorro de metal fundido, que abrasó sus entrañas y le causó la muerte en pocos segundos.

Para su esposa y su hijo, ésta era la mejor solución, pues un juicio largo y escandaloso de Stefan Brassnow hubiera significado para ellos una verdadera agonía.

Alexandra Petrovna consiguió que las autoridades le entregasen el cadáver de su esposo, el cual fue sepultado en el rincón más alejado del cementerio Saint Michael.

Inmediatamente, madre e hijo abandonaron la ciudad. Durante más de dos años, ambos vivieron en Londres, donde Alexandra obtuvo para ambos la nacionalidad británica.

—No quiero que en el futuro cargues con un apellido infamante, Tony —dijo ésta a su hijo—. Tu nueva documentación será extendida a nombre de Anthony Brasing. Y así te llamarás de hoy en adelante.

Mi anfitrión volvió a llenar los vasos por quinta vez.

—Y ya lo sabe todo —añadió—. Cuando volvimos a Leeds, yo me había especializado en peletería. Trabajé como empleado en la factoría Young y ahorré algún dinero, lo que me permitió montar un pequeño taller. Prosperé mucho, a costa de trabajar sin descanso. Pero mi pobre madre no vivió lo suficiente como para gozar de la cómoda posición social que yo había conseguido. Murió a los tres años de volver a esta ciudad y no quise que fuera enterrada en el mismo cementerio en que fue sepultado mi padre. La llevé al Saint Caroline, en la cercana población de Lindfield, donde descansa para

siempre en un bello panteón de mármol blanco. Como comprenderá, tenía mis razones para ocultar a Pam aquella trágica y desagradable historia.

Asentí, al tiempo que experimentaba una viva simpatía hacia aquel hombre que había tenido que luchar duramente para superar una infancia poco feliz.

—Sin embargo —añadió Brassing—, me inquieta mucho que mi hija fuera a parar precisamente al Saint Michael Cemetery. Y mucho más aún que intentase remover la losa del túmulo en el que fue enterrado mi padre.

No voy a negar que yo también me sentía muy inquieto.

Y por la misma razón.

CAPÍTULO VIII

Ángela Davidson era rubísima y esplendorosa.

Cuando apareció en la puerta de mármol y cristal de la empresa Van Duren Consultors Co. Ángela vestía un impermeable transparente que permitía admirar su magnífica silueta.

Antes de que subiera al Austin amarillo estacionado en el bordillo, me acerqué rápidamente a ella.

—¿Señorita Ángela Davidson? —pregunté.

Se volvió y me miró. Mi aspecto debió tranquilizarla, porque enseguida vi brillar sus blancos y menudos dientes a través de una sonrisa.

—Sí, soy yo. ¿Quién...?

—Soy el doctor Max Hamilton. Me interesa mucho hacerle unas preguntas. Acerca de *miss* Pam Brassing. Soy su médico.

—¡Pam! —exclamó ella—. ¿Se puede saber qué le ocurre? Cada vez que llamo a su residencia, alguien me informa de que la señorita Brassing está ausente. ¿Es eso cierto? —Sí, en algún modo —respondí, amable—. ¿No le importa concederme unos minutos Ángela dirigió una rápida ojeada al otro lado de la calle?

—Ahí, muy cerca, tenemos el

Larry's

Pub. Le aseguro que sirven unos cócteles maravillosos. Si le parece, podemos tomar algo mientras charlamos, doctor Hamilton —sugirió.

—Magnífico —respondí, encantado—. Vamos allá.

Pocos minutos después estábamos sentados a una mesa. La bella Ángela Davidson había pedido un cóctel antillano, pero yo preferí un oporto doble con almendras.

—Usted no es de aquí, doctor —observó Ángela—. Su acento...

—Tiene razón, señorita Davidson. Vivo en Londres Y estoy en Leeds por motivos de trabajo.

—¿Relacionado con Pam Brassing?

—Muy perspicaz. En efecto. Se trata de Pamela. Por cierto, tengo entendido que usted participó, este último verano, en un largo crucero por el Mediterráneo en compañía de Pam... —insinué.

—Sí, es cierto. Fueron unos días espléndidos. Lástima que Pam, finalmente...

—¿Qué?

Ángela me miró con cierta desconfianza.

—No sé si debo hablar de ello con un desconocido. Tendría que darme una razón suficiente para hablar claramente. No me gustaría ofender a Pam, compéndalo —dijo.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Una razón suficiente, dice? Pues bien: seré claro. Se trata de la salud de su amiga. De su salud mental, se entiende.

Ángela alzó vivamente la rubia cabeza, produciendo un vivo destello dorado.

—Así que yo tenía razón al sospechar que pasaba algo raro. ¿Qué es lo que le ocurre a Pam? —inquirió, muy interesada.

—Espero que no sea nada grave. Al parecer, una afección nerviosa, aunque pasajera. Y ahora que ya lo sabe, me gustaría que también usted hablase claro. Le ruego que sea discreta respecto a la confidencia que acabo de hacerle. Dígame, Ángela, ¿qué fue lo que ocurrió durante ese crucero? —pregunté expectante.

Mi acompañante encendió un cigarrillo y aspiró el humo con avidez.

—Nada extraordinario, hasta el final. Ya sabe cómo son esos cruceros: visitar ciudades históricas y playas famosas, hacer cortos viajes a puntos de interés turísticos, realizar compras de *souvenirs* en cantidades masivas, tomar el sol en cubierta, bañarse en la piscina, consumir cócteles y refrescos. Bueno, todo eso. Visitamos España, Portugal, todo el norte de África, Egipto, el próximo oriente y finalmente Grecia, Yugoslavia e Italia.

Arribábamos a Nápoles, cuando Pam tomó aquella sorprendente determinación.

—¿Qué clase de determinación? —inquirí ávidamente.

—Dijo que debíamos volver.

—¿Volver? ¿Adónde?

—Yo no tenía ni idea. Al principio, lo tomé a broma. Pensé que

Pam sentía nostalgia porque el largo crucero tocaba a su fin. Pero ella tenía una expresión tenaz en su semblante y parecía hablar completamente en serio. «Volvamos atrás» —dijo—. Tengo suficiente dinero. Yo correré con tus gastos. —¿Y qué hicieron?

—A mí me encantaba continuar, qué quiere que le diga. Telegrafíé a Van Duren Consultors Co. y me autorizaron dos semanas más de vacaciones. No acababa de entender muy bien las razones de Pamela para alargar nuestras largas vacaciones, pero me divertía pensar que no tendría que volver al trabajo hasta setiembre —narró Ángela Davidson.

Una vez en Nápoles, Pamela Brassing anuló el resto del viaje hasta Londres y contrató dos pasajes en un bello barco de bandera griega llamado *Spartako*, que llevaba a bordo a más de mil turistas. El *Spartako* tocaría, aunque a la inversa, los mismos puntos de la costa mediterránea en que ambas jóvenes habían estado en el crucero anterior.

—Subimos a la motonave a la mañana siguiente y nos hicimos a la mar una hora más tarde —continuó la señorita Davidson—. Para entonces, Pam había perdido la alegría. Por el contrario, parecía poseída por una intensa ansiedad.

Ángela declaró que la señorita Brassing se pasaba las horas muertas acodada en la borda y contemplando fijamente el mar.

—Varios días más tarde, estábamos atracados en el puerto de El Pireo, cuando se produjo aquel incidente.

—¿Qué clase de incidente?

—Déjeme contarle a mi manera. Pam y yo habíamos discutido un momento antes. ¿La razón? Su insólita negativa a bajar a tierra. Le pregunté para qué había alargado el viaje si no deseaba divertirse, y respondió: «Sencillamente, estoy deseando llegar *allí*». Fue inútil que intentara averiguar lo que significaba *allí*, porque ella no quiso responder a mis preguntas.

Según Ángela, Pam dio bruscamente media vuelta y volvió a su camarote.

—Naturalmente, perdí todo interés por descender en El Pireo. Además, me preocupaba.

Pam, sinceramente. ¡Parecía tan distinta...! Fui tras ella al camarote, pero no estaba allí... La encontré minutos después, en la cubierta de popa, siguiendo, ensimismada, los movimientos de la

marinería, ocupados en el afianzamiento de las escalas.

—Un delgado marinero muy moreno gritó algo en ruso —siguió relatando Ángela.

La reacción de Pam fue sorprendente: retrocedió, tomó un corto remo del interior de un bote y asestó un tremendo mazazo en el cráneo del hombre que se había expresado en ruso. El pobre marinero perdió el equilibrio y cayó al muelle. Se armó un tumulto considerable, como es de suponer. Entretanto, y aprovechando la confusión, Pam se escurrió entre los pasajeros que aguardaban y volvió al camarote, donde la hallé poco después.

—¿Qué pasó con el marinero? —pregunté a Ángela.

—Se fracturó un brazo, pero yo temí que se hubiera roto el cráneo, lo que no sucedió, según pude informarme. Cuando me reuní con Pam en el camarote, la increpé sin poder contenerme. Quería saber qué motivos tenía mi amiga para obrar de forma tan irracional y salvaje. Pero ella me miró con expresión ingenua y dijo: «No tengo ni idea de a qué te refieres». Y creo, doctor Hamilton, que decía la verdad. Es decir: no recordaba lo que acababa de hacer en la cubierta de popa. Pensé que se trataba de un raro caso de amnesia.

Probé un sorbo de mi oporto, que no había tocado hasta entonces, absolutamente absorto en el relato de la guapa Ángela Davidson.

—¿Y después...? —La animé a continuar.

—Unos días después, el *Spartako* tocó en el pequeño puerto de Baros, ya en Yugoslavia. Pam había dado muestras de creciente ansiedad a medida que nos acercábamos allí. En dos o tres ocasiones la había escuchado murmurar: ¡*Palarnaja, Palarnaja!*, lo cual me recordó el nombre de un barco histórico o algo semejante pero la verdad es que no pude desentrañar su significado. En cuanto tocamos en Baros, Pam hizo descender nuestro equipaje, lo que significaba que ella deseaba que nos demorásemos allí varios días. Para mí, Baros no tenía el menor interés, pero mi amiga parecía hechizada por aquel lugar.

El *Spartako* partió al día siguiente, dejando en tierra a ambas jóvenes.

—Me sentía disgustada e inquieta por la actitud de Pam, pero tuve que aguantarme, pues yo apenas disponía de unas libras y

dependía totalmente de ella, que poseía cheques de viajero en cantidades inagotables —afirmó Ángela.

—Pero ¿qué se proponía su amiga? —indagué, atraído por el relato.

—Nunca respondía a mis preguntas. Nos alojamos en un pequeño hotel, muy limpio pero desprovisto de comodidades elementales. En cuanto me descuidaba, Pam me abandonaba y desaparecía. A menudo la sorprendía charlando con viejos marineros y con los vigilantes del puerto, pero en cuanto me veía acercarme, callaba y se separaba de ellos. Dos días después alquiló una lancha a motor y un equipo de buceo autónomo, uno de esos equipos de hombre-rana, ya me entiende. Esa mañana parecía más excitada y ansiosa que nunca. Había adelgazado varios kilos, pues apenas probaba bocado, y parecía obsesionada por alguna idea fija. A mí se me ocurrió la idea descabellada de lo que se proponía Pam era rescatar algún tesoro hundido en el mar...

—¿Y se trataba de eso?

—Nunca conseguí saberlo. Hacia el atardecer, la vi recoger algunas cosas y encaminarse rápidamente hacia el muelle de pescadores, donde estaba amarrada la lancha alquilada aquella mañana. Por supuesto, la seguí inmediatamente, temerosa de que hiciera alguna locura...

Ángela alcanzó a su amiga en el muelle, cuando Pam se disponía a embarcar.

—Le dije: «¿Qué te propones exactamente?». Y respondió, mirándome con terrible fijeza a través de sus ojos febriles: «¡No puedo soportar sus gemidos! Tengo que liberarlos para siempre».

—¿Liberarlos? ¿A quiénes? —pregunté yo, atónito.

—No me lo dijo. Saltó a la lancha y yo la seguí. Ella no pareció molesta por mi presencia —aseguró Ángela—. En el fondo, creo que Pam permanecía ajena por completo a otra cosa que no fueran sus atormentadores pensamientos.

Conduciendo con asombrosa habilidad, Pam separó la lancha del muelle, enfiló la bocana del pequeño puerto de Baras y salió a mar abierto.

—Navegamos durante más de una hora a buena velocidad. Pam no decía nada. Tenía los brillantes ojos fijos en el mar azul, las aletas de la nariz dilatadas y entreabiertos los resecos labios, a

través de los cuales respiraba profunda y entrecortadamente, jadeando. A veces atisbaba sobre la borda o paraba el motor y permanecía atenta, como si pudiera escuchar alguna señal que escapaba por completo a mis sentidos. Debíamos hallarnos a unas veinte millas marinas de la costa, dirección sudoeste, cuando paró el motor y dejó la lancha al paio...

No se divisaba ninguna embarcación, grande ni chica, en todo lo que abarcaba la vista.

—Pam se desnudó rápidamente, se colocó los balones de oxígeno a la espalda y se dispuso a arrojarle al agua. La aferré por un brazo, tratando de disuadirle, pues no tenía noticias de que ella supiera bucear y tenía miedo de que pudiera ocurrirle algún accidente —relató Ángela, muy emocionada.

—¿Cuál fue la reacción de Pam?

—Se desasíó de mí brutalmente, me arrojó sobre la borda opuesta y gritó: «¡Es mi deber, es mi deber!». Tras lo cual, se adaptó el respirador en la boca y se arrojó al mar —respondió la señorita Davidson. Y añadió—: Me sentí dominada por la angustia al verme sola en una lancha y en alta mar. Inclínada sobre la borda, trataba al menos de distinguir unas burbujas de aire que señalaran la posición de mi amiga bajo el agua, pero nada vi. Transcurrieron veinte minutos. Pam no aparecía y el sol; comenzaba a declinar hacia el oeste en la inmensidad del mar.

—Yo estaba sollozando, segura de que había perdido a Pam para siempre, cuando la vi emerger a unas brazas de distancia. Debía tener problemas, porque se agitaba frenéticamente como si estuviera ahogándose. A la desesperada, utilicé un remo, acerqué la lancha a ella y la aferré por los cabellos y la icé a bordo...

El tubo de goma del equipo de respiración autónomo estaba parcialmente segado y Pam estaba a punto de perecer por asfixia.

—Tuve que practicarle la respiración boca a boca antes de que diera señales de vida. Después la coloqué boca abajo, presioné su espalda y la obligué a expeler el agua que había penetrado en sus vías respiratorias. Tosía desafortadamente y tenía un aspecto malísimo, de modo que me armé de valor, arranqué el motor y enfilé la lancha hacia el punto de la costa donde debía encontrarse Baros. Fue entonces cuando vi aquella placa metálica que Pam llevaba inserta en el cinturón de su equipo de buceo.

—¿Una placa metálica, dice? ¿Algo que había recogido del fondo del mar?

—Era evidente, puesto que Pam no tenía aquella placa de bronce cuando nos hicimos a la mar —respondió Ángela.

Dijo que había logrado milagrosamente hasta el puerto, aunque la proa de la lancha chocó violentamente contra el espigón del muelle.

Pam Brassing tuvo que ser hospitalizada durante una semana en el hospital de Baros.

—Cuando se hubo recuperado, no recordaba nada de su aventura. Por más que me esforcé en refrescarle la memoria, no logré que recordase. Pero algo la obligó a reaccionar sorprendentemente.

—¿A qué se refiere?

—Le mostré la plancha de bronce que yo misma había desprendido de su cintura. Entonces dio un grito terrible, me la arrebató de un zarpazo y se la guardó como si se tratase del más valioso de los tesoros. Por fortuna, logré convencerla para que regresáramos. Al día siguiente, tomamos un vapor italiano que nos llevó hasta Gibraltar, desde donde regresamos en avión a Londres y posteriormente a Leeds. Desde entonces no he logrado ver a Pam —declaró Ángela Davidson, con cierto acento de tristeza.

Yo estaba reflexionando sobre todo cuanto acababa de escuchar de labios de aquella hermosa muchacha.

Al cabo de unos minutos de silencio, mientras ella paladeaba su cóctel antillano y yo terminaba mi oporto, me decidí a hacerle aquella pregunta.

—Dígame, Ángela. Aquella placa que Pam sacó del fondo del mar, ¿tenía algo de particular?

—Sí: una corona real en relieve. Y algo más.

—¿Algo más?

—En efecto. Un nombre. Una simple palabra que coincidía con aquella que yo había oído murmurar entre dientes a mi amiga. La palabra que aparecía en relieve sobre la placa era «PALARNAJA» escrito en caracteres cirílicos, como los de la escritura rusa —dijo.

CAPÍTULO IX

—¿Cómo piensa resolverlo? —me preguntó Brassing, dispuesto a confiar en mí por entero, aunque yo no estaba muy seguro de que él comprendiera mis impulsos.

—Tengo un buen amigo en el Foreign Office. Si Keith Barton no es capaz de hacer las averiguaciones que necesito, de por seguro que jamás llegaremos al fondo de la verdad —respondí.

—Muy bien —asintió el millonario—. Haga las gestiones que estime necesarias. Yo le respaldaré.

Esa misma tarde, llamé por teléfono a Keith Barton. Por desgracia, mi amigo Keith es lo que solemos llamar coloquialmente un «correccaminos» y no se encontraba en su oficina. Sin embargo, una voz de mujer se ofreció amablemente a anotar mi nombre y mi teléfono, con la seguridad de que Barton me telefonaría en cuanto volviera a la oficina. Pam había mejorado un poco, de forma que autoricé a Alice para que la acompañara a dar un paseo por el parque, puesto que lucía un sol tibio y el viento estaba en calma. Me encontraba en mi habitación tomando unas notas, cuando resonó aquel grito.

Me alarmé, pues reconocí enseguida que la que gritaba era Alice.

Un momento después, me precipitaba a la puerta, la abría de un empujón y chocaba contra míster Brassing, que también acababa de abandonar su despecho.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, lívido.

—He oído un grito. Era mi ayudante la que gritaba y el alarido parecía provenir del jardín —exclamé.

No me detuve a dar más explicaciones. Salté hacia la escalera, cuyos peldaños descendí de cinco en cinco, crucé el salón y busqué el pasillo que llevaba al parque.

Corrí, desorientado, a lo largo de un paseo, hasta que escuché

nuevamente el gemido de Alice, que me sirvió de orientación.

De repente, la vi surgir ante mí, corriendo desoladamente, a punto de desvanecerse y con el rostro grisáceo.

Cuando me detuve junto a ella, descubrí, espantado, la larga y profunda herida de su antebrazo izquierdo, que sangraba a borbotones.

—¡Dios misericordioso! —exclamé, impresionado—. ¿Qué es lo que ha ocurrido, Alice?

Pero sus rodillas se doblaron y hubiera caído al suelo si no la hubiera abarcado rápidamente por la cintura.

—Está allí... junto al estanque... Tenga cuidado, doctor. ¡Tiene una navaja de afeitar! —murmuró Alice, a punto de desvanecerse.

Por fortuna, las enfermeras Kingston y Hambler aparecieron a la carrera. Kingston se hizo cargo de Alice y Eda Hambler y yo nos dirigimos al umbrío lugar donde se encontraba el pequeño estanque de los peces.

De todas formas, no había pérdida: bastaba seguir el reguero formado por los goterones de sangre que Alice había vertido en su precipitada fuga.

La encontramos detrás del estanque, fieramente afianzada al tronco de un aliso.

Sus bellos cabellos, tan negros que azuleaban, estaban despeinados y sus delicadas facciones habían sufrido una transformación horrible, hasta el punto que me costó reconocerla.

Pero era Pam, sin duda.

En su mano derecha tenía la temible navaja barbera, cuyo filo estaba manchado de sangre.

—Calma, Pam. Serénate, nadie va a hacerte daño... —Comencé a decir, mientras contorneaba el estanque, confiado.

Pero ella arrojó un espumarajo de rabia a través de la boca entreabierta y estalló en una sarta de frases atropelladas que sonaban como horribles insultos, a pesar de que no pude entender una sola palabra, pues se expresaba en un idioma absolutamente desconocido para mí. (Más tarde comprobaría que Pam se expresaba en ruso).

—No se confíe, doctor —susurró cerca de mí la enfermera Hambler—. En su estado de ánimo, la señorita Brassing sería capaz de degollarle de un solo tajo, con esa navaja, Me detuve en seco.

Tan violentamente que resbalé y estuve a punto de zambullirme en el estanque.

—¿Qué podemos hacer? —respondí en el mismo tono de voz, una vez me hube recuperado un tanto.

—Déjeme a mí —susurró, sin mover los labios—. Yo tengo experiencia para resolver estas situaciones. Escuche con atención: sígale hablando en tono normal, pero sin confiarse lo más mínimo. Yo fingiré que me marchó y la sorprenderé por detrás.

Asentí con el gesto y Hambler retrocedió aprisa y se perdió de vista.

Entretanto, Pam seguía vigilándome a través de las rendijas de sus ojos brillantes, febriles y llenos de odio.

—¿Me reconoces, Pam? —exclamé en voz alta, sin perderla de vista, pues ella había avanzado un par de pasos en mi dirección—. Soy tu amigo, el doctor Hamilton. Confía en mí. Yo te ayudaré.

Pero ella profirió algo que sonaba a obscenidad, aunque yo no pudiera comprenderlo. Blandía la navaja barbera en su mano derecha y había manchas de sangre en su vestido de color *beige* claro.

¿Se había herido a sí misma o se trataba de la sangre brotada de la enorme herida de Alice Richards...?

En cualquier caso, Pam suponía un peligro de muerte para cualquiera que se acercase a ella. ¿Cómo habría logrado hacerse con aquella navaja de afeitar...?

Ella seguía rugiendo entre dientes sus amenazas, con las facciones tan rígidas y crispadas que resultaban irreconocibles.

La vi avanzar lentamente, acercarse al estanque, sin dejar de vigilarme un solo segundo. Y yo comencé a rodear la piscina en sentido contrario.

Luego, de repente, saltó al agua y chapoteó ciegamente hacia mí, blandiendo la navaja barbera en alto.

Hambler apareció a través de un seto y gritó su aviso:

—¡Cuidado, doctor...!

Salté hacia atrás en el momento en que Pam, chorreante, llegaba al borde del estanque.

Resbaló sobre el limo y cayó de bruces sobre el agua.

Expedítivamente, la enfermera saltó a la piscina con tremendo arrojo.

Pero su intervención no fue decisiva: cuando Pam se irguió, la navaja no estaba ya en su mano. Debía haberla perdido.

Entonces me incliné sobre ella y le tendí las manos.

—Vamos, Pam. Te llevaré a casa —dije.

Inesperadamente, ella saltó del agua, se abalanzó sobre mí y me derribó. Un momento después sentí sus agudos colmillos en mi cara.

Eda Hambler llegó junto a nosotros, separó a Pam de mí de un tirón y la derribó en el suelo de un expeditivo puñetazo en la mandíbula.

Cuando me incorporé, sentí la sangre tibia que brotaba del mordisco en la barbilla y corría por mi cuello hasta empapar mi suéter de lana.

Hambler no me permitió ayudarla. Era una mujer muy robusta y tomó a Pam en sus brazos y la llevó en volandas hacia la casa.

Yo las seguí a toda prisa y me reuní con la enfermera Kingston, que se encontraba en la cocina tratando de detener la abundante hemorragia de la herida de Alice, la cual estaba sentada en un diván, muy pálida, pero consciente.

Anthony Brassing había tomado la mano derecha de mi enfermera ayudante y le prodigaba desmañadas e ingenuas frases de consuelo. (En realidad, creo que él necesitaba en aquel momento mucho más consuelo que la animosa Alice).

Fui a mi habitación, regresé con mi maletín profesional e inyecté un coagulígeno a Alice.

—¡Dios nos asista! —clamó Brassing—. Tendremos que llamar al doctor Halmonds para que suture la enorme herida de nuestra pobre Alice. ¡Y el caso es que no sé qué historia podré inventar ahora para convencer a mi médico de que sólo se trata de un accidente!

Halmonds reparará en que en esta casa se producen demasiados accidentes sospechosos y...

Me pareció tan acongojado y abatido, que sentía una viva simpatía por él, a pesar de que su «hijita» acababa de destrozarme el mentón de un mordisco.

—No será necesario llamar a Halmonds —le dije, compadecido—. Yo mismo me ocuparé de coser la herida de Alice. Tengo una habilidad especial para la costura —intenté bromear.

Pero lo cierto es que, desinfectado el profundo corte, la herida

dejó de sangre aparatosamente y procedí a la sutura, que me llevó poco más de quince minutos. Kingston llevó a Alice a su habitación y yo fui a la mía para comprobar el destrozo que los dientes de Pam habían causado en mi barbilla.

En realidad, se trataba de una herida más aparatosa que importante. Corté la sangre, desinfecté, añadí unas tiritas y volví a bajar.

Brassing paseaba de un extremo a otro del gran salón como un león enjaulado.

—Hagamos una visita a Pam —le propuse.

La hija de Brassing había vuelto en sí cuando penetramos en su alcoba. La enfermera Hambler la vigilaba de cerca. Pero algo había cambiado en Pam.

El brillo de sus ojos carecía de fiereza, sus facciones estaban relajadas y suaves y su respiración era lenta y profunda.

Me miró fijamente, con un temblor de angustia en los labios.

—Creo..., creo que he sufrido una nueva llamada, doctor Hamilton. ¿Es cierto? —dijo.

Detrás de mí, su padre suspiró profundamente, entre agobiado y liberado.

—En efecto, Pam. Has sufrido una de tus «llamadas». Te lo ruego, trata de recordar algo. ¿Qué fue lo que sentiste? —La presioné.

Sus ojos vagaron por la estancia, parecía desconcertada.

—No lo sé. Sólo esa voz autoritaria, dura, despiadada, que...

—¡Sigue!

—Que..., que me ordenaba algo... ¡Oh, Dios mío, no puedo recordar nada más! Sólo que... mi cabeza estallaba de dolor y mis sentidos se diluían como cera entre las brasas —balbució, acongojada, con las lágrimas humedeciendo sus bonitos ojos azules—. ¡Esfuézrate, tiene que recordar! —La acorralé—. ¡Una navaja de afeitar! ¿Recuerdas? Sus ojos se inmovilizaron.

—¡Sí! ¡Una navaja! Pero...

Dejó escapar un gemido, sus ojos erraron en las órbitas y las fuerzas la abandonaron. Cuando me incliné sobre ella, comprobé que estaba desmayada.

Brassing me aferró por un brazo.

—Por favor, por favor, doctor Hamilton, ¡no la torture más! Ya

ha visto lo que ha conseguido —gimió.

Me volví hacia él. El pobre hombre temblaba.

—No es nada —le tranquilicé—. Una simple lipotimia. Sus nervios hipersensibilizados lo agradecerán. Estoy seguro de que su hija descansará tranquilamente durante toda la noche. Y así fue.

CAPÍTULO X

—¿Qué haces tú en un lugar tan apartado como Leeds? —resonó la voz de Brian Barton a través del hilo telefónico.

—Una visita profesional —respondí, sin extenderme en explicaciones—. ¿Lograste averiguar lo que te encargué?

Oí el silbido de su respiración. Brian estaba hinchando su pecho de aire. Y ello valía tanto como una respuesta afirmativa.

—Sí. Pero no te creas que ha sido fácil —se pavoneó—. ¡Tuve que poner en juego mi prestigio personal y utilizar a numerosos amigos. Como tú sabes, Brian Barton tiene amigos hasta más allá del telón de acero!

—¿Nuestro embajador en la URSS?

—No pico tan alto amigo, pero casi, casi. Se trata de Hugh Donegall, el secretario del embajador. En fin, tengo lo que te interesa. Pero tienes que prometerme que me atenderás gratuitamente el día que me vuelva loco —bromeó, dejó escapar una carcajada y añadió de buen humor—: Y ese día puede que no esté muy lejos.

—Lo tendré en cuenta —respondí, disimulando a duras penas mi impaciencia—. Y ahora, empieza a hablar.

—Bien. Tú tenías razón, en cierto modo. El *Palarnaja* era un barco ruso, pero no un barco cualquiera. El nombre correspondía a uno de los dos yates imperiales, propiedad del zar y su familia. Tras la revolución, ambos yates pasaron a propiedad del pueblo... lo que quiere decir: del gobierno de Lenin.

—¿Y bien?

—El *Palarnaja* estaba surto en Kronstadt, junto a Oranienbaum, y sólo se utilizaba en algunas maniobras navales, aunque estaba perfectamente conservado y atendido. El barco fue robado en marzo de 1930, de la base naval.

—¿Quién lo robó?

—En realidad, no se sabe a ciencia cierta. Pero hubo un informe de las autoridades navales, según el cual se sospechó de un disidente llamado Brassnow...

—¿Un obrero de la fundición Olesseiev?

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Brian, sorprendido—. En efecto, trabajaba en la fundición. Al parecer, Stefan Brassnow logró convencer a varios oficiales y marineros. Pero hizo algo más: secretamente fue recibiendo dinero y joyas de personas interesadas en ponerse fuera del yugo comunista. Gente adinerada, se entiende. Los soviéticos sospechan que Brassnow pudo reunir a unas cuarenta o cincuenta personas en el *Palarnaja*, aparte de unos quince tripulantes. Lo cierto es que una noche de primeros de marzo, el yate abandonó de madrugada la dársena y se hizo a la mar, consiguiendo huir, a pesar de que fue perseguido, al venir el día, por varias unidades de la flota rusa, las cuales tuvieron que volver a puerto dadas las adversas condiciones de la mar. Nunca más volvieron a saber del *Palarnaja*. Las autoridades suponen que zozobró en algún lugar del Mediterráneo.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? —se asombró Barton—. Ten en cuenta que se trata de un suceso ocurrido hace más de cincuenta años.

—Bien, bien. Estupendo. Te quedo muy agradecido, Brian —dije, pensativo.

—No olvides anotarme en tu agenda para cuando necesite tus cuidados profesionales —bromeó Barton. Y se despidió.

Reflexioné durante largo rato acerca de las noticias oídas de labios de Brian Barton.

—Así que fue Stefan Brassnow, padre de Brassing y abuelo de Pam quien robó el *Palarnaja* —pensé, excitado—. Pero ¿cómo pudo encontrarlo ella?

Hallar un barco hundido durante cincuenta años en las aguas del Mediterráneo no me parecía cosa fácil, sobre todo si no se disponía de antecedentes.

Pero Pam Brassing lo había encontrado.

¿Cómo?

Pam había dicho a su amiga Ángela Davidson: «Estoy deseando llegar *allí...*» como si conociera aquel lugar exacto de la costa del Adriático: *Baros, Yugoslavia*.

Sólo que... Pam jamás había visitado con anterioridad aquellos lugares, incluido el Mediterráneo y sus confines.

—Sumamente misterioso y atractivo —murmuré, excitado—. Se diría que ella es capaz de percibir alguna enigmática llamada que procede del fondo del mar.

Pero había algo que me preocupaba hondamente. Aquellas frases, sin sentido, que Ángela había escuchado de labios de su amiga:

«¡No puedo soportar sus gemidos! Tengo que liberarlos para siempre!».

Y también, cuando Pam se disponía a lanzarse al mar desde la lancha:

«¡Es mi deber, es mi deber...!».

¿Qué oscuro, insondable vínculo relacionaba al criminal Stefan Brassonow con la bella Pam Brassing, aparte del hecho de que ambos eran abuelo y nieta?

—Pero él, Brassonow, yace en el cementerio de Saint Michael desde 1492 —esgrimí contra mí mismo, poco deseoso de alargar mis cavilaciones.

Al cabo me decidí a dar un paso hacia delante. Fui a entrevistarme con Anthony Brassing y le expuse mi idea con la mayor sencillez posible.

—Parece demostrado que Pam se vio afectada mental y emotivamente a partir de ese viaje por el Mediterráneo. Aunque no podamos explicárnoslo, la solución tiene que estar allí, en el Adriático, frente a la costa yugoslava, a veintitantas millas de la pequeña localidad de Baros —dije.

—¿Y qué me propone?

—Alquilar una embarcación, contratar submarinistas, obtener los permisos necesarios y comprobar qué es lo que perturbó a Pam hasta el extremo de anular por completo su voluntad y su personalidad.

Brassing me miró de hito en hito.

—Creo que guarda alguna carta en la manga, doctor Hamilton. ¿De qué se trata, qué es lo que me oculta? —inquirió, con desconfianza.

Vacilé. Pero finalmente la expliqué la verdad: según los informes que un alto funcionario del Foreign Office había conseguido para mí, Stefan Brassonow había conseguido huir en marzo de 1930 a

bordo del yate imperial *Palarnaja*.

—Se calcula que con él huyeron otras cincuenta y cinco o sesenta personas —añadí—. Las autoridades soviéticas no volvieron a saber del yate, aunque calculan que debió zozobrar en el Mediterráneo, debido al temporal. Sin embargo, es evidente que su padre se salvó, puesto que poco más de un mes más tarde se reunía con su madre y con usted en esta misma ciudad. Brassing meditó un instante sobre mis palabras.

—Siga —rogó luego.

—Incomprensiblemente, Pam, en su viaje por el Mediterráneo se siente atraída por un punto en particular: Baros, en la costa yugoslava. Sin tener ninguna idea de lo que hace, alquila una lancha y un equipo de respiración autónoma, se zambulle en el mar y... encuentra una placa de latón con Ja corona de los zares y la inscripción *Palarnaja*...

Brassing me interrumpió con violencia.

—Toda esa historia destila un aroma desagradable, doctor Hamilton. Como un aura... —vaciló— como un aura sobrenatural.

Asentí.

—Bueno, algunas veces colocamos la etiqueta de «sobrenatural» a ciertos hechos o fenómenos que no podemos comprender —dije.

Brassing me observó en silencio.

Luego encendió un cigarrillo con ademanes nerviosos, tornó a escrutarme, lanzó una espesa bocanada de humo al aire y pronunció reflexivamente:

—Detesto la simple idea de airear cualquier hecho relacionado con la memoria de mi padre. Fue un malhechor y un criminal, pero yo creo que en realidad siempre estuvo loco, aunque poseyera una inteligencia y una fuerza de convicción poco comunes... Pero usted sigue ocultándome algo, doctor Hamilton.

Tuve que admitir que también Anthony Brassing era un hombre clarividente.

—Hable sin disimulos. Estoy dispuesto a escuchar lo que sea —insistió el millonario. Respiré hondo.

—Pues bien: lo que sospecho es esto. Cuando el *Palarnaja* se hubo alejado lo suficiente de Kronstadt, Stefan Brassonow concibió la idea de deshacerse de todos los tripulantes. Probablemente, para apoderarse de todos sus bienes y riquezas, según pienso. Próxima la

costa yugoslava, es posible que envenenase a sus compatriotas que viajaban en el yate y posteriormente hundiera el barco. Tras lo cual, lógicamente, ganaría en un bote la costa yugoslava o el puerto de Baros —expliqué.

Cuando terminé de exponer mi hipótesis, miré a Brassing de hito en hito, esperando una palabrota u otra expresión de disgusto.

Pero no hubo nada de esto. Solamente dijo:

—Sí, es muy posible que Stefan Brassnow hiciese algo parecido. Tras una pausa, volví a la cuestión que me interesaba.

—¿Acepta, entonces, mi propuesta? —le pregunté—. Por mi parte, tenga la seguridad de que callaré cualquier evidencia que llegue hasta mi relacionada con su padre. Al fin y al cabo, Stefan Brassnow está muerto y bien muerto.

Suspiró y dijo:

—Haga lo que estime pertinente. Todo sea por el bien de mi pobre hija.

No podía imaginar que todo fuera a desarrollarse tan rápidamente, pero así fue.

Dos semanas después teníamos la autorización de las autoridades yugoslavas y el contrato de alquiler de una draga. También acabábamos de recibir el telegrama de Josip Dubrinski, el jefe de un equipo de submarinistas que estaría a nuestra disposición en cuanto llegásemos a Baros, Yugoslavia.

Que míster Anthony Brassing contaba con amigos influyentes quedaba, pues, fuera de toda duda. Sin necesidad de trasladarnos a Yugoslavia, las gestiones se habían realizado directamente desde Londres. Y con el mayor éxito, como quedaba comprobado. También, es obvio, el dinero de Brassing supondría una considerable baza a favor de la operación.

A las once de una mañana de un día de la segunda decena de diciembre, llegué a la residencia Brassing con dos reservas para un vuelo Londres-Praga.

Encontré a mi anfitrión en la cocina, en amable charla con Alice Richards, mi ayudante. Durante los últimos días, no me había pasado por alto la afectuosa dedicación de que Brassing hacía objeto a mi enfermera.

Incluso había llegado a preguntarme si la afabilidad del millonario para con Alice se debía a la herida que su hija le había

inferido en el antebrazo izquierdo —perfectamente cicatrizada en la actualidad— o a algún otro sentimiento más recóndito. Lo cierto era que ambos parecían entenderse a las mil maravillas.

El semblante de Brassing se nubló cuando le advertí que debíamos tomar el avión de las tres a Londres, para, posteriormente, iniciar el viaje vía aérea a Praga, que estaba anunciado para las cinco de la tarde.

Alice sonrió deliciosamente y miró al millonario.

—Vaya tranquilo, señor Brassing. Kingston, Hambler y yo cuidaremos a su hija con toda dedicación —aseguró cálidamente—. Le juro que no la perderemos de vista en todo momento y la trataremos como a una amiga.

Brassing se emocionó:

—Se lo agradezco de todo corazón, Alice. Ahora me siento más tranquilo —declaró. Y oprimió suavemente la mano derecha de mi enfermera.

CAPÍTULO XI

La mar estaba en calma y la draga *Luzok* se balanceaba suavemente al sol, vigilada de cerca por una torpedera de la armada yugoslava.

Brassing se encontraba en el puente, tratando de recuperarse del mareo, cuando Dubrinski apareció en la superficie, se libró del visor y lanzó su alegre grito de victoria.

—¡Está aquí, abajo, a unos cuarenta metros de profundidad! —gritó.

¡Cuarenta metros! Pensé en Pam, arrastrando el riesgo de una zambullida tan profunda, sola, desvalida, sin la necesaria experiencia, nadando locamente hacia el fondo del mar, en busca de un yate ruso llamado *Palarnaja*...

Aunque Pam se encontraba a miles de kilómetros de distancia, no pude evitar sentir un ramalazo de ternura y admiración hacia ella.

—Querida loca... —murmuré entre dientes, mientras el musculoso Dubrinski subía lentamente por la gruesa red tendida en la amura.

Brassing se asomó en ese instante a través de los cristales de la cabina del timonel y comprendió lo que ocurría. Tratando de dominar sus arcadas, salió y descendió a cubierta en el momento en que el buceador subía, victorioso, a cubierta.

—¡Está ahí, debajo de nosotros! —se pavoneó, hinchando el velludo pecho—. Y es precioso doctor, ¡precioso! Está intacto además... Un buen barco, sí, señor. Un espléndido yate de casco de acero. Y no cabe duda, se trata del *Palarnaja*. Hay placas de bronce por toda la cubierta. Cómo ésta.

Nos mostró un pedazo de metal, sólido, de unos treinta centímetros de longitud por quince de anchura. A pesar de las incrustaciones, era fácil ver la corona de los zares y el nombre en

caracteres cirílicos:

PALARNAJA

—¿Será fácil ponerlo a flote? —pregunté a Dubrinski.

—¡Seguro! —respondió—: Hemos echado una ojeada al interior. Hay muchos compartimentos estancos. Bastará con llevar abajo depósitos inflables y el *Palarnaja* flotará en el mar como un cascarón de huevo... a pesar del boquete bajo la línea de flotación.

Se volvió al oír el

«flup-flup»

de un motor y señaló el bote que acababa de desprenderse de la impresionante torpedera yugoslava y venía hacia la draga.

—Naturalmente, tendrán que entenderse con los militares. Y ese teniente de navío, Jazevac, es un hombre difícil. Tratará de convencerle de que el yate pertenece por completo a Yugoslavia, pero no se rinda. Caso contrario, tendrían ustedes que conformarse con una de estas placas —agitó la de bronce que tenía en las manos.

Brassing me dijo al oído:

—¿Por qué tenemos que negociar con ese teniente de navío? Nosotros no queremos nada de ese yate...

—Déjeme hablar a mí —respondí, sigiloso.

Dubrinski tenía razón: llegar a un entendimiento con Jazevac no fue nada fácil: Pero yo argüí que habíamos desembolsado una cantidad de dinero respetable y que lo justo era que nos rembolsáramos una parte del valor del *Palarnaja* y lo que tuviera.

Finalmente, llegamos a un acuerdo, que se extendió y firmó una hora más tarde, a bordo de la draga: el gobierno de Yugoslavia se quedaría con el setenta por ciento y a nosotros nos correspondería el treinta por ciento restante.

Dos días duraron los trabajos de poner a flote el *Palarnaja*, que finalmente flotó sobre las azules aguas del Adriático en una mañana soleada.

Las autoridades navales y los hombres de Dubrinski registraron la nave y me invitaron a realizar una inspección.

La formalidad no fue nada agradable: los compartimentos estancos del yate contenían cincuenta y seis momias de hombres, mujeres e incluso niños.

Dos días más tarde, el doctor Benja me informó que había hecho la autopsia de varios de los cadáveres hallados en el yate ruso. Después de taladrarme a través de los cristales de sus gafas con una inquisitiva mirada, dijo:

—Espero que la persona que cometió ese horrible crimen haya pagado con creces su delito.

—¿Qué quiere decir?

—Todos los seres que viajaban en ese barco fueron envenenados con estricnina —declaró el médico forense yugoslavo—. Pero el envenenador remató a algunos de ellos con tremenda ferocidad: destrozó sus cráneos con el pesado brazo metálico de un almirez de latón.

Fulgurantemente, recordé lo que Brassing me había contado la noche en que Pam intentó estrangular a la señora Gardiner: «de la cocina provenía el tintineo metálico de algún utensilio que el ama de llaves estaba utilizando». «La señora Gardiner dijo que estaba machacando sal y especias en un almirez cuando Pam la atacó por la espalda». Profundamente impresionado, dije al doctor Benja:

—¿Qué piensan hacer con esos cadáveres?

—Irán a parar a la fosa común. Un enterramiento digno costaría demasiado dinero —respondió.

No dije nada a Brassing de cuánto me había comunicado el médico yugoslavo. Comprendí que sería hacerle sufrir inútilmente.

Sólo permanecidos cuatro días en Yugoslavia. Un adinerado hombre de negocios americano quería comprar el yate como pieza de museo y ofrecía por él una cifra considerable: quince millones de dólares.

—¿Qué menos se puede ofrecer por un barco que sirvió de palacio flotante a un zar? —Dio como explicación el potentado.

La operación fue ratificada enseguida por el gobierno yugoslavo y con la aprobación de míster Anthony Brassing.

El treinta por ciento de los quince millones depositados por el norteamericano suponían una cantidad jugosa: cuatro millones y medio de dólares.

Ya teníamos nuestras reservas para el *jet* Praga-Londres, cuando Anthony Brassing tuvo la noticia de que la operación había sido realizada y su porcentaje sería depositado en el banco que él mismo indicase.

Cuando recibió esta noticia, Brassing me miró fijamente.

Luego encendió un cigarrillo y se alejó hacia el ventanal de su *suite* desde la que se dominaba el Adriático.

—Doctor Hamilton... —dijo.

—¿Sí, señor Brassing? —respondí, atento.

—Quisiera hacerle una consulta.

—Diga.

—¿Cree que con cuatro millones y medio de dólares habría suficiente para erigir un monumento-mausoleo que sirviera para acoger los restos de los pasajeros del yate *Palarnaja*?

Corrí hacia él, temeroso de no haber oído bien, le tomé por un brazo y escruté sus facciones.

—¿Ha dicho que...?

—Ha oído bien. ¿Cree que habrá bastante? —respondió mansamente.

Me sentí emocionado a mi pesar.

—¿Quiere decir que se propone regalar cuatro millones y medio de dólares? —insistí.

Me miró desde el fondo de sus ojos grises.

—No se trata de un regalo, sino de un homenaje. ¿Cree que será justo? —pronunció, inseguro.

Por primera vez desde que lo conocía, comprendí que me encontraba ante un hombre grande. Un ser humano grande en lo físico y grande en humanidad.

Impulsivamente, tomé su mano y se la estreché con fuerza.

—Es un hermoso gesto —logré pronunciar, pues me sentía demasiado alterado—. Y sí, habrá dinero suficiente. No sólo para un hermosísimo mausoleo, sino también para erigir un gran templo y ofrecer limosnas a mil templos donde se ofrezcan oficios fúnebres por las almas de esos infelices. Brassing también apretó mi mano. Y dijo:

—En tal caso, por favor, ocúpese de todo. Sé que esto le retendrá unos días en este país, pero creo que vale la pena. Yo estoy deseando regresar a Leeds y reunirme con mi hija —sus ojos brillaron, húmedos—. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo, señor Brassing —murmuré.

Llovía sobre las pistas de Heathrow, cuando mi avión tomó

tierra.

Una vez cumplimentados los trámites de aduanas, tomé un taxi y me dirigí directamente a mi apartamento.

En el contestador automático de mi teléfono estaban grabados los reproches de Bill Gaughan y Mike Templeton, los dos colegas que se habían ocupado de mi clientela durante el tiempo que permanecí en Leeds.

Y ambos tenían razón en sus reclamaciones: les había pedido dos semanas de libertad y yo faltaba a mi consulta un mes entero.

Tendría que ponerme en contacto con ellos y ofrecerles disculpas, pero antes me urgía llamar a la residencia de Anthony Brassing en Leeds.

Así que después de tomar un baño caliente que me tonificó, y un buen trago de *whisky*, que me reconfortó, establecí comunicación con Leeds.

—¿Es usted, doctor Hamilton? —resonó la voz del millonario en mi oído. Y parecía restallar de júbilo.

—Hamilton, en efecto.

—Max, ¿me permite que le llame así? ¡Esto es sencillamente maravilloso!

—Pero ¿a qué se refiere? —indagué, cauteloso.

—¡Pam, mi hija! Yo diría que ha vuelto a nacer. Quiero decir... ¡Ha vuelto a ser la misma de antes! Cuando regresé, estaba esperándome en la puerta, acompañada de la señorita Richards y las otras enfermeras. Cuando me vio, se lanzó a mis brazos, me besó como loca y derramó lágrimas de júbilo. No sabía decir otra cosa que «¡Papá, oh, papá! ¡Por fin vuelvo a ser yo de nuevo!».

Poco a poco, me dejé caer en un sillón próximo al teléfono para recuperarme de la impresión.

—Así que...

—¡Está curada, Max, curada! El corazón me lo dice, no puedo engañarme —exclamó Brassing.

—Pero...

—Usted tenía razón, Max. Yo no soy un hombre culto, sino un comerciante, pero usted tenía toda la razón —pronuncio con fervor—. No soy capaz de comprenderlo, ni quiero profundizar en ello, pero estoy seguro de que existía algu na relación entre el desequilibrio de mi hija y ese yate hundido en el Adriático.

—Creo que...

—Es evidente, Max. He sabido que el mismo día que los cadáveres del *Palarnaja* fueron sepultados en el cementerio de Baros. —Brassing bajó la voz cautelosamente, hasta convertirla en un susurro—. Pam experimentó un cambio favorable y decisivo en su estado mental.

Reflexioné sobre ello.

—Quizá nunca sabremos muy bien las oscuras relaciones de la mente y otros agentes, señor Brassing —dije—. Pero celebro de todo corazón que Pam se haya recuperado. De todas formas, deben seguir administrándole los específicos que recomendé, evitarle emociones fuertes y rodearla de ternura.

Oí el suspiro profundo de mi interlocutor.

—Tenga la seguridad de que así será, querido Max.

Yo carraspeé.

—En ese caso, comprobado que Pam se recupera, tendré que permanecer algunos días en Londres —advertí.

Brassing pareció dolorosamente sorprendido.

—¿Cómo? ¿No va a venir inmediatamente? —exclamó.

Me esforcé en explicarle mi situación en relación a Gaugham y Templeton, los doctores se habían hecho cargo de mis pacientes durante un mes.

Necesariamente, tendría que entrevistarme con ellos, agradecerles su ayuda, llamar telefónicamente a mis pacientes, acordar con ellos futuras entrevistas y prepararlo todo para tomarme un respiro navideño.

Brassing comprendió mis razones, pero siguió haciendo patente su decepción.

—No se trata sólo de mí —invocó—. Pam está deseando verle.

Esta noticia alegró mi corazón, pero yo no podía viajar inmediatamente a Leeds sin dejar solucionados todos aquellos asuntos profesionales que había citado.

—Iré a verles en cuanto me sea posible —prometí.

—Cuanto antes —suplicó Brassing—. Pam le espera, Max. No le exagero: mi hija arde en deseos de darle las gracias como usted se merece. Aunque nada he hablado a Pam de nuestro viaje a Baros, ella intuye que su curación se debe a usted, exclusivamente a usted.

—Intentaré acelerar mis gestiones en Londres —repetí.

Al cabo de una pausa, dije:

—Supongo que no hay nada que pueda preocuparle, señor Brassing.

—Nada en absoluto, mi querido amigo. He recuperado a Pam. Puede creer que en verdad es así. Desde que llegué, hace poco menos de una semana, Pam ríe, dispone los menús, organiza la vida, prepara todo para Navidad. Vive, en una palabra, Max. No tiene que inquietarse, amigo mío. Verdaderamente, el mal que torturaba a Pam ha sido eliminado.

De eso estoy absolutamente seguro.

—En ese caso, hasta que podamos reunimos en Leeds —me despedí. Colgué y dejé escapar un profundo suspiro de alivio.

CAPÍTULO XII

El firmamento estaba cubierto de negros nubarrones cuando un taxi londinense me dejó en las proximidades del *hall* de llegadas nacionales del aeropuerto de Heathrow.

Sin embargo, no había niebla y mi vuelo de las cinco de la tarde en BEA partió de Londres sin problema alguno.

Era el veintisiete de diciembre y yo me dirigía a Leeds.

Me sentía muy ilusionado porque el día anterior había recibido cariñosas felicitaciones de Alice Richards, míster Brassing y su hija Pam.

«No se haga esperar, Max. Le estamos aguardando con impaciencia», había escrito en su *christmas* Pam con su menuda letra picuda.

Según todos los auspicios, me aguardaba un placentero respiro en Leeds, lejos de preocupaciones profesionales o particulares.

Durante los seis días que había permanecido en Londres, había trabajado de firme. En primer lugar, conseguí la simpatía de Templeton y Gaugham mediante el censurable rasgo de enviar a cada uno una caja de botellas de *whisky* de reserva.

También había llamado por teléfono a mis más impacientes clientes —mujeres en su mayoría, como ya se sabe—, me había puesto de acuerdo con ellos en recibirles en mi consulta de Moorgate en las fechas que precedieron a Navidad y una vez resueltos sus pequeños problemas individuales, me las arreglé para que aceptaran sin enfurruñarse que yo también tenía derecho a gozar de las Navidades.

Resumiendo: suspendí mi consulta y otros compromisos profesionales hasta el 10 de enero y me dispuse a abandonar Londres.

El día veintisiete por la mañana había llamado a las oficinas «Avis» en Londres para conseguir que un automóvil sin conductor

me estuviera esperando en el aeropuerto de Leeds, gestión que se resolvió fácil y rápidamente.

Ahora, cómodamente instalado en mi asiento de primera clase, encendí un cigarrillo, acepté encantado una taza de té de la guapa azafata y abrí un ejemplar de *Newsweek* dispuesto a gozar placenteramente de la hora escasa que duraba el vuelo.

Sin embargo, no lograba concentrar mi atención en la revista que tenía entre las manos.

No había enviado ningún aviso a la residencia Brassing. La verdad es que prefería con mucho gozar de la sorpresa que para ellos supondría mi inesperada llegada.

Pensaba sobre todo en Pam.

¿Qué era lo que yo sentía por ella?

¿Simpatía, compasión, amistad, admiración o... amor?

Había pensado largas horas en ella desde que Brassing y yo partiésemos de Leeds camino del pequeño puerto de Baros, en Yugoslavia.

Pensaba en ella con un íntimo sentimiento de ternura porque..., porque me empeñaba en considerarla inocente, irresponsable de los dramáticos hechos que ella había protagonizado en Leeds al regresar de su viaje de placer por el Mediterráneo.

Sin embargo, en algún rincón de mi cerebro una llamada de alerta, cada vez que pensaba en Pamela se dejaba sentir en su cerebro.

—¡Cuidado...!

Mi ego más mezquino y calculador se empeñaba en recordarme escenas muy desagradables.

Por ejemplo: Pam degollando a su perro, abriendo sádicamente el vientre del animal, despedazando sus entrañas.

También, aunque me empeñaba en evitarlo, rememoraba aquel momento en que ella, sigilosamente, había abandonado el salón, caminando hacia la cocina y... saltado sobre la infeliz señora Gardiner, rodeando su cuello con una resistente cuerda de nylon y apretando ferozmente hasta dejarla moribunda.

—Es absolutamente inocente —me repetí tenaz—. Ella no llevó a cabo esas acciones voluntariamente, puesto que carecía de voluntad. Estaba sometida a fuerzas psíquicas que prácticamente la anulaban.

A través de la ventanilla, vi el cárdeno relámpago que iluminaba los nubarrones allá hacia el norte.

Pero los recuerdos volvían, insidiosos.

Rememoré aquella noche en plena carretera, cuando el parabrisas del Rolls estalló y estuvimos a punto de matarnos Parker, Brassing, Alice y yo.

—Fue ella la que disparó contra nosotros con una carabina calibre 22 —susurraba una vocecilla en mi interior.

—No tiene ninguna responsabilidad —respondía, impetuoso, mi yo consciente—. Intrínsecamente ella es buena, noble, desprovista de toda maldad.

Pero tercamente mis recuerdos escogían la senda más tétrica y desagradable.

—¿Y la herida en el brazo de Alice? ¿Su sangre manando a borbotones de la herida? ¿Las repelentes facciones de Pam, empuñando la temible navaja barbera, su boca que vomitaba insultos en una lengua extraña...?

La azafata me tocó el hombro con suavidad.

—Por favor, apague el cigarrillo y Colóquese el cinturón. Vamos a tomar tierra.

Ya estábamos en Leeds.

Había unos espesos núcleos tormentosos sobre la ciudad, que de vez en cuando se veían atravesados por la rúbrica lívida de un relámpago.

El avión descendió sobre las pistas flanqueadas por el brillante balizaje y unos segundos después sentía el impacto del tren de aterrizaje sobre el hormigón del aeropuerto.

Llovía torrencialmente, según pude apreciar a través de la ventanilla. El avión se detuvo muy cerca de las instalaciones de llegadas nacionales y yo me apresuré a descender, al tiempo que sacaba un impermeable de mi bolsa de viaje.

En la oficina de «Avis» recogí las llaves del coche que me habían asignado, un espacioso Bentley.

Caminé por un pasadizo subterráneo hacia el aparcamiento, mostré la ficha que me habían entregado y localicé mi coche.

Pocos minutos después rodaba bajo la lluvia sobre la magnífica autopista en dirección a Leeds.

Rodeé la ciudad por su carretera Este y me encaminé a Hill Side,

donde se erguía la residencia Brassing, a unos doscientos metros de distancia de la mansión, advertí algo fuera de lo común. Desde los inclinados tejados de pizarra del edificio, columnas de humo blanquecino se elevaban lentamente a las alturas, hasta desaparecer bajo la copiosa lluvia.

El corazón me dio un vuelco.

Avancé despacio y vi los camiones de los bomberos junto al muro que rodeaba la residencia.

Un policía con manoplas reflectantes vino hacia mí y me indicó un gesto perentorio que me apartase de allí.

Pasé adelante, dejé el coche a cierta distancia y volví a la carrera.

—¿Qué ha ocurrido?

El bombero al que acababa de interpelar tenía el rostro cubierto de negros churretones.

—Nada del otro jueves —respondió imperturbable—. Una maniática prendió fuego a una preciosa casa.

Y me dio la espalda.

Corrí hacia la cancela principal, pero un policía me detuvo poniéndome una mano en el pecho.

—¡Por favor! —imploré, al tiempo que sacaba mis documentos—. Soy el médico, de la señorita Brassing. Le ruego que me explique qué es lo que ha ocurrido.

El hombre tomó mi documentación y le echó una ojeada a la luz de una linterna. Luego me la devolvió.

—No sé gran cosa, doctor —dijo—. Al parecer, se produjo un repentino y voraz incendio y los bomberos tuvieron que rescatar a varias personas, entre ellas algunas mujeres. Ya no queda nadie dentro. El edificio está prácticamente destruido, pero los bomberos continúan extinguiendo los últimos focos del incendio.

—¿Ha habido víctimas? —pregunté, seca la garganta repentinamente.

—Lo ignoro, aunque puedo decirle que vi salir a una ambulancia en el momento que llegábamos aquí. Imagino que trasladaron a los posibles afectados al Saint Cross Hospital. Le di las gracias atolondradamente y volví a la carrera a mi coche.

A pesar de que la cabeza me daba vueltas y sentía dolorosas palpitaciones en las sienes, fui capaz de arrancar el motor y dar la

vuelta en la avenida.

A las siete de la tarde me encontraba en el vestíbulo del Saint Cross Hospital, mostrando mi documentación a la señorita de recepción.

—¿Brassing? Acaban de sacar a una señorita del quirófano. Pregunte por el doctor Malcom, planta tercera —me dijo la empleada.

No utilice el ascensor: mis nervios me impulsaron a dirigirme directamente a las escaleras.

El doctor Malcolm era un hombre bajo, gordo y lento. Tardó dos minutos en comprender que yo era el doctor Hamilton, psiquiatra de Londres, que había atendido a Pamela Brassing.

—¿La señorita Brassing? No es nada de importancia. Algunas cortaduras en los brazos y el rostro. Sólo necesitó sutura en una herida de la mano. Según me han informado, se arrojó sobre una cristalera cuando la casa se incendió.

—¿Y el señor Brassing?

—Vaya al despacho del director, planta primera. Tengo entendido que la policía le está interrogando —dijo volví a abajo y pregunté a la recepcionista donde se encontraba el despacho del director. Un joven internista que se apoyaba en el mostrador, se hizo cargo de mi ansiedad y se prestó amablemente a guiarse hasta el lugar que buscaba.

—Espere un momento, por favor —dijo, cuando nos detuvimos ante una ancha puerta de nogal.

Entró y volvió al cabo de medio minuto.

Detrás de él salieron tres policías de uniforme. El interno me hizo una seña y fui en pos de él.

Brassing estaba derrumbado sobre un diván. Temblaba todavía, tenía chamuscados los plateados cabellos, la cara llena de churretes negros y el traje hecho una pena.

Al verme entrar, sus facciones se animaron.

—¡Al fin, Max! Bendito sea —murmuró.

Y se puso en pie, vino hacia a mí y apretó trémulamente mis manos.

Saludé al director del centro rápidamente y le pregunté si podía hacerme cargo de Brassing.

—Celebro que un amigo de confianza se haga cargo de él. Míster

Brassing se encuentra tan nervioso que nos vimos obligados a inyectarle un sedante.

Di las gracias a los dos médicos, tomé a Brassing por un brazo y salimos al pasillo. Un momento después, nos encontramos dentro de mí «Bentley».

Saqué cigarrillos y puse uno en sus labios. Encendimos y él fumó con gran ansiedad.

—Veo que algo no ha ido bien —comenté, sin querer forzarle a contestar a las mil preguntas que pugnaban por brotar de mis labios.

Expelió el humo con fuerza y sus hombros se aflojaron en un gesto de cansancio y decepción infinitos.

—Tiene razón, Max: *algo no va bien* —susurró—. Creo..., creo que me precipité al anunciarle que mi hija estaba curada.

—¿Cómo está Pam? —inquirí con ansiedad.

—Todo lo bien que podríamos desear, dadas las circunstancias. Se lanzó contra la cristalera del pasillo superior al vacío. Por fortuna, el marco es metálico y Pam no pudo atravesarla. Los cristales arañaron su cara e hirieron sus manos. Pero eso carece de importancia, según me ha asegurado el doctor Malcom. Realmente, Pam está fuera de peligro —dijo.

Y añadió enfáticamente:

—*De ese peligro.*

—¿Y Alice, las enfermeras, Parker...?

—Kingston y Hambler están bien. Las envié a sus domicilios. En cuanto a Alice, sólo sufre pequeñas quemaduras y hematomas. La llevé al hotel Monopol, en cuanto dejamos a Pam en el hospital. Parker tiene un brazo roto, pero no se trata de nada grave. Y yo... Bueno, ya ve que estoy deshecho, pero aún me mantengo en pie —resopló penosamente.

Yo suspiré profundamente. Iba a hacer una nueva pregunta a Brassing, pero no fue necesario. El estaba deseando echar, fuera de sí todo lo que le atormentaba.

—Sí. Ahora veo que fue prematuro pensar que Pam estaba definitivamente curada.

—Porque el mal, sea como fuere, estaba todavía profundamente arraigado dentro de ella. Le diré lo que ocurrió, Max. ¡No sabe cuánto celebro tenerle aquí...! Por lo menos, podré desahogarme

con un amigo —susurró.

CAPÍTULO XIII

A las cuatro de la tarde, restallaron los primeros truenos bajo los tejados de la residencia Brassing. Alice dejó la revista que estaba hojeando sobre la mesa y se acercó al ventanal. A través de los cristales contempló el cielo plomizo y llegó a tiempo de presenciar cómo una exhalación Cruzaba centelleante el firmamento.

—Vamos a tener una buena tormenta, ¿no crees, Pam? —exclamó Alice, volviéndose.

Y entonces comprendió que se encontraba sola. Pam había estado con ella hasta un momento antes, pero ahora había desaparecido.

Inquieta, Alice abandonó el salón y subió al piso superior. Buscó en la alcoba de Pam y en las restantes piezas, pero no encontró a la joven.

Muy preocupada ya, puesto que los truenos y relámpagos se sucedían sin cesar y caía ya una lluvia torrencial en el exterior, Alice corrió a la cocina, donde encontró a la señora Grover y a la enfermera Kingston. (Eda Hambler tenía libre esa tarde). —¿Dónde está Pamela?— inquirió.

Las dos mujeres se sobresaltaron.

—¿No estaba contigo, Alice? —exclamó la señorita Kingston.

—Estaba, sí —respondió Alice, temblorosa—. Pero ha desaparecido. ¡Hemos de buscarla!

¡Inmediatamente!

Buscaron impermeables y recorrieron el parque.

Inútilmente.

—Hemos registrado exhaustivamente la planta y el piso superior —dijo Alice a la señora Grover—. ¿Hay otras dependencias que yo no conozca?

—Sí, el desván —respondió el ama de llaves.

Y las tres mujeres se precipitaron peldaños arriba.

Cuando llegaron a la planta superior, las lámparas eléctricas hicieron un guiño y se apagaron.

Probablemente el fusible del transformador se había fundido.

Alice penetró en el despacho de míster Brassing y regresó con una linterna.

—Indíquenos el camino —pidió a la señora Grover, que sacó su manojo de llaves y las guió hasta el final de un pasillo.

Abrió una puerta y vieron una escalera de peldaños de madera, que comenzaron a subir inmediatamente.

La señora Kingston tomó impulsivamente de un brazo a Alice, que iba la primera.

—¿No huelen lo mismo que yo? ¡Apesta a gasolina! —exclamó, temerosa.

En aquel momento, un rumor de pasos llegó desde las alturas.

—¡Pam! —gritó Alice—. ¿Eres tú?

El sonido cesó en el acto.

Luego una voz bronca, masculina y salvaje comenzó a vomitar palabras en un idioma desconocido.

La señora Grover retrocedió tres escalones y se santiguó, aterrada.

—¡Dios mío! —murmuró. Pero Alice no retrocedió un solo milímetro.

De nuevo volvió a oírse el arrastrar de pies y aquella voz aborrecible y obscena que chirriaba como un engranaje oxidado.

De repente, ante el cono luminoso de la linterna apareció Pam. Sus cabellos estaban llenos de telarañas y sus facciones contraídas. Sus ojos tenían un relumbre fosforescente, aterrador. Y seguía vomitando sartas de extrañas palabras en el raro idioma, con un acento bronco y viril que impresionó profundamente a las tres mujeres que permanecían en la escalera.

Pero Alice vio algo más: el bidón de gasolina que Pam llevaba en su mano derecha.

—¡Por amor de Dios, Pam! ¿Qué te propones? —la increpó Alice, excitada.

De los labios de la joven salió una corta y vibrante frase en idioma extranjero.

—¡No podemos entenderte, Pam! —gimió Alice—. ¡Te lo ruego, hable de forma que podamos entenderte!

La muchacha les miró con expresión extraviada. Y luego moduló con su propia voz:

—Tengo que seguir su mandato: *he de exterminaros a todos*.

—¿El mandato? ¿El mandato de quién?

—De aquel que vive en mi mente y aún aguarda en Saint Michael —susurró Pam, con voz desvaída y monótona.

Todo sucedió tan veloz que ni siquiera la ágil Alice fue capaz de reaccionar. Pam rascó un fósforo en la pared y lo arrojó a su espalda.

Simultáneamente, se produjo una poderosa deflagración en el desván y la figura de Pam se vio envuelta en una gigantesca llamarada.

La señora Grover y la enfermera chillaron de espanto y descendieron atropelladamente la escalera, pero Alice subió unos peldaños, atenazó a Pamela por un brazo y tiró de ella con todas sus fuerzas hacia abajo.

Logró llevarla hasta el pasillo, pero Pam introdujo los dedos en los ojos de Alice y la cegó. A pesar de ello, la valerosa enfermera no la soltó, aunque las garras de la joven arañaban sádicamente su rostro.

Al fin, Alice no fue capaz de soportar el dolor y soltó instintivamente su presa. Cayó al suelo y vio cómo Pam corría desaladamente pasillo adelante gritando enloquecida, para ir a estrellarse finalmente contra el ventanal próximo a la escalera.

Otra persona cualquiera, hubiera optado por salvarse, pero Alice Richards, medio cegada, se inclinó sobre la inconsciente Pamela Brassing, la tomó por la cintura y la arrastró peldaños abajo.

Cuando minutos después corrían hacia la cancela del parque, una espantosa llamarada brotó a ras del suelo. Alice se demudó: ¡el jardín entero estaba convirtiéndose en un infierno de fuego!

—No sólo regó el desván con diez litros de gasolina —pronunció Brassing, agobiado—. Previamente, Pam destrozado con una herramienta la condujo había destrozado con una herramienta la conducción principal del tanque de propano que surte de gas a la casa. Por fortuna, el tanque va provisto de una válvula especial que se cierra por sí sola en cuanto baja la presión, lo cual, junto con la copiosa lluvia que caía, evitó una tragedia mil veces más

lamentable.

—Sí, ha sido una gran tragedia y una enorme pérdida para usted —sólo supe decir cuando Brassing calló.

—Las pérdidas materiales no me importan —suspiró—. Es la locura de Pamela lo que me atormenta.

Hundió el mentón en el pecho y sollozó quedamente. Yo puse el coche en marcha y me dirigí al hotel Monopol.

Evidentemente lo que más necesitaba en aquel momento mi pobre amigo era descansar y olvidar, siquiera por unas horas, la espantosa tragedia que se cernía sobre él.

Brassing dormía todavía cuando el conserje de recepción llamó por teléfono anunciando que un empleado municipal necesitaba entrevistarse con el millonario.

Eran las diez y cuarto de la mañana y seguía lloviendo sobre Leeds sin cesar. Tras una corta vacilación, dije al conserje:

—Dígale a ese hombre que espere en el vestíbulo. Yo le atenderé.

Hablé brevemente con Alice y salí de la *suite* que ocupaba Brassing. Un momento después me encaraba en el vestíbulo con un caballero que vestía una mojada gabardina chorreante.

—¿Es usted míster Anthony Brassing? —me preguntó, mostrando sus documentos.

Le dije que era su secretario particular y que yo podría atender cualquier problema.

—En el cementerio Saint Michael existe un enterramiento propiedad de míster Brassing. Se trata del que cobija los restos de un individuo llamado... hum, Stefan Brossonow —dijo.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Una desgracia fortuita, señor. Como usted sabe, ayer tarde descargó una fuerte tormenta eléctrica sobre nuestra ciudad. Un rayo cayó sobre esa tumba y destrozó completamente la losa. El municipio no puede correr con determinados gastos y...

—Comprendo —dije apresuradamente—. Nosotros nos ocuparemos de todo —y le despedí.

A las once y media, el doctor Jawson y yo fuimos conducidos por el vigilante Douglas a un extremo del cementerio. Cuando Jawson se inclinó sobre la tumba de Stefan Brossonow, una

exclamación de inmenso asombro brotó de sus labios.

—¡Inconcebible! —exclamó—. El cuerpo de este hombre está corrompido, pero la cabeza... la cabeza está fresca, intacta, como si la hubieran sepultado hace unas horas.

Yo también me asomé y me retiré rápidamente.

—Doctor Jawson —dije—. ¿Hay algún impedimento legal para que llevemos este cadáver al crematorio municipal?

Dijo que no había ninguno y que el Ayuntamiento se sentirla agradecido, al disponer de un enterramiento más. El propio Jawson se hizo cargo de todos los trámites y poco después abandonábamos el cementerio.

Jawson me llamó esa tarde. Dijo que se había tomado la libertad de abrir el cráneo de Stefan Brassonow y que había descubierto, estupefacto, que su cerebro estaba intacto... «como el de una persona que acabase de morir», fueron sus palabras.

—Fue mi curiosidad, la que me impulsó a hacerlo —añadió—. Por supuesto, inmediatamente envié el cadáver al crematorio. A estas horas debe estar convertido en cenizas.

Brassing penetró en mi habitación en ese momento.

—¿Quién era? —preguntó. Y yo le dije que era un amigo de Londres.

Apenas acababa de descolgar el teléfono, cuando éste zumbó de nuevo. Descolgué y oí una trémula voz que decía:

—¿Es usted, Max? ¿Podría hablar con mi padre?

En silencio, yo tendí el auricular a Brassing. La que acababa de llamar era su hija.

Una brigada de obreros trabajaba activamente en la reconstrucción y acondicionamiento de la hermosa residencia de Anthony Brassing. Sin embargo, las inclemencias del tiempo no permitirían que la mansión quedara habitable antes de uno o dos meses.

Quizá por eso fue por lo que Brassing me hizo aquella propuesta:

—¿Por qué no nos marchamos todos a Londres?

Pam asintió jubilosamente y se abrazó a su padre. Disimuladamente me tendió su mano derecha y me la oprimió con gran afecto.

—Es una excelente idea. Al fin y al cabo, empiezo ya a echar de menos mi querida y brumosa City —se unió Alice, con expresión

chispeante.

—Muy bien —dije yo—. Hagamos las maletas y emprendamos el viaje.

Fui a mi habitación, dispuesto a recoger mis cosas. Detrás de mí, unas manos suaves acariciaron mis mejillas y palparon, trémulas, aquella cicatriz de la barbilla:

—¡Max! —exclamó Pamela—. Se diría que alguien te mordió en el mentón.

Me volví, la tomé con cuidado por la cintura y la besé suavemente. Naturalmente, no respondí a su pregunta sobre la cicatriz.

Desde que Pam mejoró rápidamente y superó los tremendos traumas psíquicos que la habían martirizado, todos (Brassing, Alice y yo) habíamos optado por olvidar las dramáticas y horribles experiencias pasadas.

Ni Brassing ni yo queríamos hacernos preguntas. El maleficio había terminado. Sólo quedaba olvidar.

Terminé rápidamente la maleta y fui a por las de Pam a la *suite* de su padre. Brassing y Alice se separaron apresuradamente. Brassing carraspeó, con las mejillas tan enrojecidas como un escolar.

—Bueno, Max... —carraspeó, forzosamente—. Quiero decir que Alice y yo hemos pensado que ya que Pam está bien, podíamos...

—No se hable más —sonreí—. Sólo se trata de obtener una licencia matrimonial en Londres. Tengo un amigo muy hábil: se llama Keith Barton. El se ocupará de todo. Brassing, suspiró, relajándose. Y Alice me guiñó picarescamente un ojo.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

